



Guitart, María

Metafísica de la digestión : y otros relatos . - 1a ed. - Buenos Aires : Ediciones del Jinete Insomne, 2011.

70 p. ; 15x21 cm.

ISBN 978-987-25418-7-3

1. Narrativa Argentina . 2. Cuentos . I. Título.
CDD A863

Fecha de catalogación: 12/12/2011



Metafísica de la digestión de Nené Guitart se encuentra bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirDerivadasIgual 3.0 Unported.



Talcahuano 256, piso 2, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Corrección: Francisco Godinez Galay

Diagramación: Inés Binder

Ilustración de tapa: Enrique González

Metafísica de la digestión y otros relatos

Nené Guitart



colección **narradores del sur**



Prólogo	7
Ricardo Corazón Centella	9
Metafísica de la digestión	14
Retórica del desviacionismo	17
Lastima bandoneón	21
La vida no vale nada	24
La santa	30
La casa	33
Perla	37
El interrogatorio	41
La espera	46
El difunto	49
Redención	54
El cuerpo del hijo	58
La sirena	62
El encuentro	66
Milagros Santos	71
La vida te da sorpresas	78
El Armonía	90



Prólogo

Estos relatos son parte de diversos proyectos de escritura que fueron quedando por el camino y por esto mismo no responden a una temática determinada, ni forman una unidad. El orden en que son presentados responde a su génesis cronológica. Me acompañan desde hace ya demasiado tiempo, algunos más y otros no tanto. Cada vez que vuelvo a encontrarme con ellos en cuadernos o en la computadora siento necesidades contrapuestas: seguir sacándoles algo de sustancia, no leerlos más y archivarlos en el cajón de las ideas donde se mezclan libretas, hojas sueltas y tantos otros posibles proyectos esperando su momento de ser colocados en la primera fila de trabajo o abrir la puerta y largarlos con su imperfección a la circulación mundana.

Gracias a todos los amigos de las letras con los que siempre he compartido lo que escribo, en talleres, en casas o donde sea cuando nos agarra la urgencia de encontrar un lector para completar el circuito de la escritura.



Ricardo Corazón Centella

Nació en un conventillo de esos que se estiran de una vereda a otra de una manzana. Esos conventillos que empiezan, así como así, empujados por la necesidad, sin un plan determinado. En un principio, se toman dos o tres piezas que hasta el momento constituían una casa entera, y empiezan a adquirir entidad autónoma. Esta enfermedad del desmembramiento va atacando a las casas vecinas y una manzana típica explota en arrabal suburbano. Se multiplica la vida; la armonía de la casa burguesa con un lugar para cada actividad diferenciada, se ve trastocada. Cocinas transformadas en habitaciones, baños impersonales, patios desgarrados, divididos, subdivididos hasta el delirio. Los olores se apretujan sin espacio para expandirse mientras la epidemia conventillera va ganando terreno.

Hoy sólo queda en nuestra ciudad, o país, una cuadra respetable: la del centro donde todavía podemos encontrarnos con carteles y vidrieras que permiten distinguir un comercio del otro, una actividad de la otra. No nos engañemos, detrás de los mostradores, en las trastiendas, el flagelo acecha.

En la fecha en que nació Corazón Centella el conventillo mantenía su identidad marginal. Todavía era el territorio donde vivían “los otros”,

esos que se nos aparecían de vez en cuando a la vista y que encarnaban todas las cualidades abyectas que considerábamos privilegio del origen de estas clases y que desterrábamos de nuestras conversaciones. “Nosotros” todavía estábamos de este lado y creo que nuestras existencias no se hubieran cruzado nunca si no fuera por esta eclosión desmesurada.

La madre de Ricardo Corazón parió a la tarde, casi al anochecer, en una habitación descascarada donde compartía su vida con Heraldo Contreras. Por la ventana se colaba el cielo naranja con tanta persistencia que la comadrona encendió una fogata para exorcizar el color que la inmovilizaba en una pose de cartón sepia. Ricardo nació bañado en naranja y el tinte se le quedó pegado a la piel. Mal presagio, pensó la partera, al tiempo que lavaba frenéticamente al niño para sacarle esa tonalidad absurda de mandarina. Todo fue inútil. Cuando el sol se escondió y aparecieron las primeras estrellas, Ricardo Corazón seguía ostentando un cuerpo bañado de tarde y fuego.

Heraldo Contreras no entendió razones y a pesar de que no encontró nombre de hombre a la apariencia desquiciada del niño, decidió que no podría vivir con ese miedo arrinconado en las entrañas. Miedo a tropezarse en alguna esquina con una piel como la de Ricardo. Tomó sus pocas pertenencias y su guitarra, miró fijamente la cuna improvisada y se fue. La tristeza se le instaló en los ojos y el canto. La guitarra se negó a dejarse arrancar melodías de esas que movían los pies y encendían la sangre. Renegada y obtusa, sólo soltaba unas pocas notas cuando Heraldo la acunaba en su pecho, y esas notas eran tan melancólicas que la gente lloraba sin remedio recordando los amores desgraciados, las añoranzas de la infancia o las flores que se marchitan sin remedio. Ante la imposibilidad

de reconciliarse con el instrumento, decidió regalarlo a alguien que pudiera transmitirle las ansias del ritmo, la cadencia de la esperanza. No quería contribuir a la desazón general; ya tocaban los gobiernos sus melodías de hambre así que se recluyó en el sur, lejos de toda posibilidad de contacto con lo que había sido su mundo anterior.

Corazón Centella crecía entre cielos de ropa colgada y montañas de baldes, hierros y desechos que se amontonaban en los pasillos y patios. Por esa época, su madre trabajaba en la casa de unos señores de los barrios altos. Casa delimitada por paredones, supongo que como la de mi infancia, aunque ya dudo si realmente existió o si su memoria me viene de más antiguo. Ahora ocupo una pieza y desde hace años me dedico a ordenar en planos fantasmales esta ciudad, o país. Todos los días tengo que rehacer algún sector. Son tantos los tachones y los borrones que los papeles se desintegran por lo que me he visto obligado a buscar la textura espesa de las paredes, empeñado en esta tarea sobrehumana de encontrar los límites a esta gangrena.

Ricardo Corazón no fue a la escuela. El día que salió con su guardapolvo blanco, regalo de los patrones de su madre, un cuaderno, un lápiz, peinado a la gomina, almidonado, se dio cuenta de que la vida es movimiento y no hay tiempo para detenerse sentado en un banco semana tras semana. Hay que decir que tampoco encontró la escuela; este hecho fortuito reafirmó su destino de caminador. Ese día se perdió en arrabales, husmeó detrás de las puertas, escuchó insultos y cantos, descubrió una variada gama de los tonos que puede alcanzar la condición humana y simplemente se dejó arrastrar de aquí para allá, por el color de una ventana, el aroma de una cocina, el arrullo de una paloma, el chirriar de una rueda, los sollozos de

una viuda, el vuelo de unas sábanas al sol. La noche lo encontró maravillado y feliz.

La madre se agotaba en ásperos surcos. Cuando llegaba a la pieza sólo quería acunar a su niño naranja, lo besaba y acariciaba hasta caer dormida. Entonces Ricardo Corazón era quien se ocupaba de sacarle los zapatos y taparla con una cobija hasta que las manos se le hicieron grandes y salió a buscar el calor de otro cuerpo de mujer.

A los quince años ya conocía todos los barrios que conforman esta ciudad, o país, y se movía con soltura en cualquier ambiente aunque tenía una marcada predilección por el conventillo. Una hermosa voz, heredada de su padre, le ayudaba a arrullar los sueños de los habitantes de su territorio olvidado.

A su oficio de caminador no pasó inadvertida la acción solapada del conventillo. Cuando iba a buscar a su madre al trabajo, el ritmo frenético de su mundo lo acompañaba hasta la puerta de la casa de los señores. Estos, como me pasó a mí, prefirieron ignorar el fenómeno encerrándose en mullidos livings y jardines prolijos. Algunos, ante el avance, se recluyeron en una habitación con sus cubiertos de plata y sus porcelanas intentando recrear en un espacio mínimo un hábitat de tiempos y relaciones reglamentadas. Otros se alejaron de esta ciudad, o país, abandonando sus casas sitiadas.

Yo me quedé. Esta decisión no se debió a una voluntad conciente. Un día encontré mi oficina ocupada. Al entrar tropecé con un calentador. Al levantar la vista me encontré con una canasta sobre el escritorio y dos chicos de corta edad durmiendo. Me di vuelta sin hacer ruido y salí. De las ventanas del edificio de vidrio y acero colgaban toda clase de cosas: frazadas, algún colchón, ropas. No sentí ningún impacto y lo tomé como parte de lo inevitable.

El encuentro con Ricardo Corazón Centella también formaba parte de lo inevitable. Lo vi por primera vez una tarde. Yo buscaba referencias para mis planos y se me apareció en una esquina, naranja y sonriente. Me pareció natural que me sonriera a pesar de que no sabía de dónde venía esa complicidad. No hablamos pero supe que nos volveríamos a encontrar y así fue.

La segunda vez, en un mediodía de verano, Ricardo Corazón cantaba en un pasillo interminable de ventanas y puertas que se entregaban a la música. Fue en ese momento en que sentí que el conventillo ya era parte de mi vida. Me acerqué a Ricardo Corazón quien con un gesto de la mano me señaló la derecha. Caminé muchos metros hasta que encontré el fin del callejón. Se abría en un baldío. El espacio abierto me sofocó. El peso de tanta búsqueda se me vino encima. Ahí estaba el fin de la razón que me había fabricado para seguir viviendo en ese terreno desnudo que marcaba el comienzo de otra realidad. Creo que estuve llorando horas. Escuchaba el viento que arrastraba basuras y un acorde que se mezclaba, se acercaba y me envolvía con tanta ternura que me dejé arrastrar agradecido.

Metafísica de la digestión

Masticaba miguitas de pan que habían quedado desparramadas en la mesa. Las iba buscando una a una. Se las metía en la boca y las hacía crujir hasta que con la saliva perdían todo espesor y se deslizaban hacia adentro.

El mozo empezaba a mirarlo con rabia mientras ponía las sillas arriba de las mesas, apagaba luces y desenchufaba heladeras. Él, ajeno, buscaba miguitas escondidas debajo del plato de café, las metía en la boca y trataba de determinar el instante exacto en que se aflojaba la dureza de la cáscara de pan carcomida por la acción constante de la saliva. Intentaba retener el líquido y dejaba el pedacito inmóvil sobre la lengua pero la humedad terminaba alcanzándolo y caían por conductos intrincados de órganos.

Era un lamer constante, como el mar hasta transformar la piedra en arena. Tal vez el mar fuera la boca de algún ser desmesurado, y el agua saliva que lengüetea, lengüetea, piedras y a veces hombre. Los ahogados, la miguita de pan en su boca.

Las cavidades lo abrumaban pero hasta ese momento siempre las había sentido ajenas, fáciles de obviar. Pero ahora tomaba conciencia de que él era

una cavidad, y la entrada la boca. La repulsa de ese órgano, encargado de acunar una y otra vez en saliva los alimentos, le provocó una náusea y los dispositivos de salivación acrecentaron su producción.

¿Cómo convivir con esa profundidad que era él mismo? El horror de las grutas y de las cavernas en su mismo cuerpo.

El enemigo era el hambre. Esa sensación era la que ponía en funcionamiento todo el sistema. Decidió librar la batalla.

Empezó a sentirse más liviano y esto acrecentó la certeza de que había transpuesto una trampa.

Se desafiaba a sí mismo y se sentaba en los restaurantes, pedía platos que le hacían agua la boca y se burlaba de ese líquido espumoso que no tenía nada para envolver y desintegrar. Se deleitaba en imaginar el estómago, alertado por la proximidad de la presa, la saliva que baja, y el órgano sin opción de irse a otro cuerpo.

Vencía las profundidades acostumbradas a que el alimento se les ofreciera como un don ilimitado, todos los días de una vida. Sentía los órganos achicarse, atrofiarse, y su victoria absoluta sobre el abismo.

Desde las alturas de su guerra a las cavidades, se complacía en espejos que lo mostraban en transparencias de larvas. Flotaba en sueños traslúcidos donde se extendía en hilos sin fin. Perdía densidades humanas y descubría un alma plana.

Sentado en la orilla del mar esperaba la marea que subía hasta sus pies y bajaba moviendo la arena, subía nuevamente hasta las rodillas y volvía a bajar hasta la rompiente. Engañaba a la saliva inmensa que sentía cada vez más espumosa y era tragado por la

profundidad, descendía por esófagos marinos para caer en el gigantesco estómago del océano. Alimento sin nutriente, engatusaba la quimificación y era expulsado a la superficie.

El sistema digestivo del mundo lo rechazaba. Tampoco era sustancia nutritiva para la tierra. Enterrado, asediado por gusanos hambrientos, disfrutaba de la frustración ante el plato de utilería en que se había transformado.

Había descubierto la clave de la inmortalidad: escapar a la cadena alimentaria del mundo. Viajando en galácticas rondas se relajó de humanidad, en energía alcanzó fronteras de infinito.

Una estrella errante lo tragó: la cadena alimentaria es cósmica.

Retórica del desviacionismo

Potencias acumuladas en la desazón de la estupidez me llevan a transcribir mi experiencia. Me sacuden de este mundo de inminencias que no se realizan al cual he sido arrojado.

Ante el convencimiento de que las palabras traicionan a los actos agito este cúmulo para exorcizar el horror de mis sueños. Transformarlos en este intento de torpe manuscrito. Sustituir este borrador a la monstruosidad de mi mundo. Creer que en la planitud de un libro, las densidades del delirio devienen catalogables enfermedades.

El que lea este manuscrito podrá poner un nombre perfecto a mi estado. Incluso podrá comparecerse de mi espanto. Encontrará denominaciones científicas y en algún coloquio sacará mi caso con orgullo, sacudirá los papeles y luego de los aplausos me meterá en un portafolios. Yo seré sólo eso. Tal vez un sosiego recurra a mi desesperación. Tal vez el que comience a leer esto pueda traspasar las letras, o ser maniatado por ellas y perciba en un deformado espejo de feria la sombra sutil de un cuerpo infectado de agonías.

Si hasta estas líneas ha llegado el interés de mi lector, quiere decir que la incomunicabilidad ha dejado

un resabio de grieta por la que hemos engañado la distancia entre los hombres. Leve instante suspendido en la espera del punto. No te resignes a dejarme aunque no sepas de dónde viene la inquisidora curiosidad que ha desatado tu mecanismo de testigo. No sueltes el papel que sólo es trazo endeble para buscar la seguridad de otra piel. Desafía este diálogo impensado que puede llevarte a la duda. ¿Qué presencia hervida y desagotada de muros está detrás de esta palabra? ¿Qué historia atroz puede enturbiar tu sueño navegante de rutinas?

De la piel para afuera soy un hombre común. Y esto es lo más terrible, porque mi mismo estigma puede resguardarse en la vida de cualquier otro sin dejar protuberancias malsanas delatorias de desviaciones metafísicas.

“La sabiduría se halla en Dios. ¿Quién subió a los cielos y la tomó y la trajo de encima de las nubes? ¿Quién atravesó los mares y pudo hallarla y la trajo con preferencia al oro purísimo?”

Tal vez he sido yo. Prefiero sustituir el castigo de un dios a la gratuidad abominable de mi estado.

He dejado de ser Verbo. Mi entendimiento, voluntad y memoria son inconmensurables. El cosmos transita mis vigiliás y me siento arrojado una y otra vez a interplanetarias conflagraciones. Confluyo en turbulentos nacimientos.

Recluido en esta casa, arrojo esta cuerda sabiendo que en el mismo acto precipito todos los mensajes que los hombres han escrito y proclamo la anulación del mío.

El sonido de una voz desata los ecos de todas las voces emitidas en una única articulación incomprendible.

El sabor de una gota de vino me emborracha de todos los excesos y me provoca una náusea transmutada en vómito ilimitado.

La comprensión absoluta aniquila la individualidad. Un solo paso es causa de todas las fatigas y caminos recorridos por cada uno de los seres que han transitado los planetas.

Me adormezco en sueños perpetrados en cavernas, pero al mismo tiempo exploto en fatuos palacios y me atonto en ciudades impensadas.

Si cada hombre descubriese este universo que duerme en el fondo de su entendimiento, se apropiaría de la inmortalidad, pero esta inmortalidad lo haría padecer los tormentos indescifrables de ser espectador sin restricción alguna.

¿No será esta la sustancia de nuestro creador? La contemplación absoluta.

El hombre es verbo, delimita senderos que alimentan la conciencia divina. Sin embargo un presagio existe en nuestros sueños. ¿Quién no se ha soñado incapaz de articular movimiento o sonido mientras una lucidez tormentosa le golpea las circunstancias a la cara? El hombre corriente despierta y arrincona en el mundo de las imágenes intangibles esta sospecha.

Mi intención de advertencia se confunde en la ambición de emular dioses, aunque los dioses siempre han querido imitar sus creaciones y de esta confusión primigenia han confluído todos los aconteceres: despropósitos de humanos elevados a la categoría de deidades, creadores transmigrados a la dimensión humana.

¿Dónde empezó este sinsentido? ¿En qué instante desgraciado se trastocó mi sino? No existen

respuestas. Todas concurren y se desintegran apenas enunciadas.

La muerte en tanto acto, me está vedada.

“Yo soy el Alfa y el Omega, el principio y el fin, el que es, el que era y el que ha de venir...”

Lastima bandoneón

Estoy triste. Un hecho insignificante me sume en esta tristeza absoluta. Triste de los dedos de los pies hasta la cabeza, pasando por la vesícula. Por supuesto que me siento gris, y no se trata sólo de un sentimiento, sino que me transformo en un ser de tangible color gris. Adquiero un cierto encanto de fotografía añeja, debo admitirlo, pero el verme gris me sumerge en una tristeza más feroz. Irremediablemente triste.

Vayamos a la causa. Mínima desde un análisis superficial. Desapercibida para una mente ordinaria. Pero contundente para un espíritu como el mío, acostumbrado a detectar el significado trascendental de nimios aconteceres. Como Baudelaire, creo que el hombre pasa a través de un mundo de símbolos del que percibe vagas y confusas voces. Yo dedico mi vida a desentrañar, a hacer inteligibles estos signos mudos.

Y se corren riesgos, mucho más espeluznantes que los peligros a los que están expuestos los revolucionarios o los buscadores de aventuras. Mucho más porque en esas actividades el riesgo forma parte consciente de la propia actividad. Existe un hecho volutivo que es el motor de la conducta. Hay un enemigo al que se debe combatir, hay un obstáculo a superar. Un enemigo o

un obstáculo son entidades definibles, reconocibles. En mi tarea, el peligro aparece en el hecho más baladí, en el momento menos esperado.

El soldado se relaja después de la batalla. El aventurero prende un cigarrillo al encontrar el fin de la jungla. Sólo han puesto en juego su integridad física, una de sus tantas vidas.

Yo me las juego todas de una sola vez. Me juego el no retorno, la reencarnación, porque puedo tropezarme con la llave de la comprensión total y no existe crimen más aberrante.

La grisalla que me cubre tiene que ver con este camino de desintegración al que estoy irremediabilmente lanzado.

En los inicios de mi misión era atrapado por otro tipo de sentimientos: la rebelión, la furia, la angustia, la euforia. Sentimientos que ponen en marcha órganos, conductas, levantan en masa pueblos enteros. La Revolución Rusa, la Francesa, nuestras revoluciones americanas responden a esas energías. El móvil de un crimen es el amor, el odio, la ambición. Pero nunca la tristeza ni su sucedáneo nostálgico: la melancolía.

Qué mejor castigo, entonces, que sumir al intruso en la tristeza.

Los tristes y los melancólicos son los verdaderos héroes de nuestra especie. Son los que se han atrevido a ascender un peldaño. Son los que sobrevuelan la ordinariedad cotidiana. Son los marcados por el estigma de su osadía.

¿Y cuál es el hecho que me arrincona en este limbo del que cada vez me es más difícil escapar?

Desde temprano percibí la confabulación que se ponía una vez más en marcha. Me despertó un

tango. No provenía de ningún aparato, de ninguna voz humana. Los compases del dos por cuatro partían de los cimientos de la casa y el bandoneón arremetió despiadado cuando abrí la canilla. El cielo estaba gris y una garúa persistente espejaba las calles. Mis sentidos alertados ante el inminente ataque prendieron el televisor buscando el color de la estupidez. Humphrey Bogart e Ingrid Bergman, en blanco y negro, se separaban en Casablanca. La película no estaba anunciada en la programación. Lo juro.

La perversidad del sistema no tiene parangón. Los tristes y melancólicos intentan conjurar su fatalismo creando, ante el vano propósito de transformar su tristeza en una cosa objetiva: un cuadro, una película, una música, una novela, que les permita delimitar la sensación, conjurarla en la perfección de una forma. Estas creaciones son utilizadas por la organización para cerrar el círculo.

Visceralmente triste concluyo este relato acunado por un blues interminable que se lleva en lágrimas toda intención de remisión.

La vida no vale nada

- Todo está dicho -suspira Arévalo mientras dibuja una paloma sobre la servilleta.

- No nos dejaron nada -replica Fuentes al mismo tiempo que pone soda al café con leche, habituado a la ley universal que enuncia que el café debe ser servido en taza y el vino en vaso.

- El mes pasado escribí de un tirón una novela en la que el tipo no puede soportar la angustia de la nada y siente vómitos ante las cosas que son -acota Perinola Subiría al borde del llanto mientras se sirve parte del arreglo floral y rocía las margaritas con aceite de maíz y pimienta.

- Cuando se la llevé al Turco para que me corrigiera los errores de ortografía...-en este punto las lágrimas de Perinola mojan la paloma de Arévalo. El ave sacude las alas, vuela desde la servilleta para posarse en la margarita que Subiría lleva a la boca.

Doña Hilda, la patrona del café, chasquea los dedos para dar tiempo al ave que se instala sobre el televisor, petrificado en la transmisión de la imagen del Benemérito Padre.

- El turco me miró, desapareció y volvió con un libro en la mano, me lo tendió diciéndome “No

jodás Perinola, dentro de cinco minutos tengo que llevarle a Mercedes de la Merced, nuestra Graciosa Benefactora, la momia de su Ilustrísima Madre. Tiene visitas importantes, el Serenísimo Embajador de los Gerontes. La momia echaba olor así que estuve toda la mañana en la fosa. Estoy reventado, estoy. Tomá, acá tenés una versión corregida. Tomátelas.”

- ¡Me temblaban las manos! -explota el intelectual al borde del colapso mientras se seca las lágrimas con las margaritas salpimentadas.

La paloma, asustada, vuelve a la servilleta de Arévalo quien completa el dibujo con una ramita de olivo en el pico. Fuentes introduce una caléndula en el café con leche mientras repite en una letanía:

- No nos dejaron nada, no nos dejaron nada, no nos dejaron nada...

Perinola intenta recuperarse del ataque de alergia que le han provocado las margaritas condimentadas en contacto con los ojos.

- Sartre, ese hijo de puta había escrito el libro... La crisis alérgica afecta la glotis del intelectual y la lengua, que se ha retraído hacia la garganta, amenaza con ahogarlo.

Doña Hilda toma las pinzas que siempre lleva colgadas al cuello para estas ocasiones, le clava el taco en el estómago para inmovilizarlo y con ternura desenrolla el apéndice bucal del angustiado literato.

- Lo escribió hace más de cincuenta años, lo escribió -logra terminar la frase en un último estertor y se desploma en un charco de lágrimas.

Por unos instantes, sólo se escucha el ulular de sirenas. La luz se corta. Bombas lejanas. Desde el televisor, el Benemérito Padre tranquiliza: “La conjura

narco-judeo-comunista-apátrida-masónica no cesa en su campaña de descrédito contra nuestro país... pero aquí estamos nosotros para salvaguardar nuestro ser impertérrito en el pedestal alzado por nuestros próceres....”

Arévalo termina de esbozar la hoja de olivo y le pide a Fuentes que le pase la sal. No puede soportar los vegetales sin sal.

- Hace algún tiempo intenté un poema...-acota Fuentes. Va desplumando la paloma, pluma a pluma, con rigor científico.

Surrealista, de versos libres, madrigal, versos alejandrinos, soneto. Pone sal a la paloma, rosada en su desnudez, porque no soporta las aves sin sal.

- No logré decidirme. -Se traga, de un bocado, la paloma.

Doña Hilda suspira aliviada. Una servilleta menos para lavar.

Fuentes pone ahora azúcar en el vaso, confundido al descubrir el café con leche en un recipiente que no es el correcto, y no pudiendo clasificar este hecho desde su visión acuñada en el estudio de la lógica formal, decide concentrarse en el ejercicio de revolver veinticinco veces, como debe ser, para que no queden partículas molestas en la textura viscosa y espesa del líquido.

- Tuve también una época en que quise seguir los pasos de Malraux y Hemingway, vivir la experiencia de la guerra. Tres meses de barco, de ida y vuelta - continúa, verbosísimo, Fuentes.

Arévalo dibuja el cráneo de Perinola, pero al contacto con la superficie mojada por las lágrimas, la pintura se corre y el artista comienza a exasperarse.

Doña Hilda, que teme los escándalos, se apresura a secar la calvicie de Subiría. El cuerpo de la patrona roza al de Arévalo quien en una clara regresión útero-sado-incestuosa experimenta una erección. Psicóloga por intuición, habituada a afrontar los conflictos de sus clientes, se acerca al miembro que toma proporciones apremiantes y en un gesto de sumisión ante la supremacía de la cultura, le desabrocha la bragueta y con la reverencia que merece la intelectualidad, se dispone a ofrendarse en el altar de las artes supremas mientras se baja la bombacha.

Arévalo recibe el don plasmando en trazos sublimes una síntesis inspirada sobre la superficie craneal de Perinola.

- Tres meses sin bajar del barco. Era un pesquero de ballenas japonés. Trayecto: Japón, la Antártida y sin tocar ningún puerto porque sino lo agarraban los de Greenpeace. Tres meses mirando el horizonte de agua. El mundo está tan distorsionado... Tendría que haber nacido antes que Malraux ¡Yo hubiera escrito La Condición Humana! Depila una violeta de los Alpes y es presa de una exaltación mística.

- Revolución proletaria, movilización de las masas, pueblo en armas, revolución, revolución... -balbucea arrodillado sobre la mesa, las manos pegadas en una súplica desgarrante “Revolución, revolución...”. Ascendido por la fuerza de sus creencias, levita sobre la mesa.

Arévalo, quien ha agotado su trauma depositando en el interior de la Pacha Mama-Hilda-Objeto transaccional la angustia de su complejo de castración no resuelto, dibuja gladiolos mutantes y símbolos de la paz mientras enciende sahumeros y grita “Sous le pavé c’est la plage”, levanta el flexiplas del local y desarma los caños de agua y de gas. Sigue más profundo

encontrando las cloacas y más abajo aún hasta caer sobre el techo de un subte que lo lleva a Constitución, donde una marea humana le plantea reclamos al confundirlo con un empleado del desgobierno.

El escribiente es salvado por un cuerpo de Para-Qué-Militares, siempre atentos a los despropósitos de la chusma. Maltrecho y deshecho, apela al último recurso que tiene pensado y repensado para el momento de la certeza de su no-función en esta sociedad. De sólo pensarlo debe contener una náusea que le sube desde los pies y se le atraganta en las cuerdas vocales. Cierra los ojos y se encamina a tientas hasta el puesto de diarios y revistas.

Una última duda roza apenas su nuca. Abre los ojos y con una meticulosa y metódica valentía comienza a leer una tras otra las publicaciones. Sucumbe sin un quejido. La justicia caratulará el caso como “Suicidio voluntario y premeditado”. Al no presentarse a la audiencia oral, Arévalo será condenado por rebelión.

Fuentes, pegado al techo, investiga la composición química del cielo raso buscando entre las manchas de humedad la revelación que pueda salvarlo de tanta frustración.

Desde la calle llegan los ruidos sordos de las barricadas, la explosión de las villas miseria. Ondas expansivas que sacuden al televisor donde el abanderado de las Libertades Civiles recibe la orden del desmérito de las manos del Placísimo Sumo Sacerdote de la Primera Prepotencia.

En un ángulo del techo, el filósofo descubre nítido un bandoneón. Se cuelga del instrumento y con el fuelle como paracaídas amortigua el aterrizaje. “Volver a las fuentes”. Esa es la revelación buscada. Brotando desde el fondo de las raíces arremete emocionado:

- Del barrio La Mondiola sos el más rana
y te llaman “garufa” por lo bacán,
tenés más pretensiones que bataclana
que hubiera hecho suceso con un gotán...

La santa

No sabe cómo empezó esta transformación del yeso en presencia. Un pasado terreno había, alguna vez, merodeado su memoria en advertencias lejanas, pero la compañía estática de los retablos y la dureza del mármol del altar habían constituido, hasta el momento de esta sinrazón, su mundo inmortal.

Cuando la tierra decidió tomarse un respiro, en el límite de la alucinación, le es dado traspasar la capa de pintura y se descubre imagen de carne.

La oscuridad y el desenfreno del caos han penetrado hasta el rincón más alejado del recinto sagrado. Torpemente se desprende el polvo de los velos, sacude con timidez los pliegues de la capa. Una viga caída del cielorraso la deposita en el suelo cubierto de escombros. Nace en ese momento. Pretende caminar desde la pose de santa pero la apariencia humana ya le ha alcanzado las vísceras y necesita doblar la cabeza, mirar dónde pisa.

Llegada al centro de la nave vuelve la mirada al frente buscando la capilla que fue su refugio durante más de un siglo. Recorre los altares y los frescos de la bóveda. Todo está vacío. El cristo, clavado en la

cruz, es un despojo en el suelo. Se acerca y lo descubre humano y muerto. El santo padre celestial ha perdido sus atributos y jadea, asustado, en un rincón. Los ángeles, que intentan mantenerse en las alturas desde donde siempre han cumplido el papel de cortejo de las criaturas sagradas, se estrellan contra el piso al no poder valerse de sus alas y lanzan insultos hacia los artistas que los han diseñado sin tener en cuenta las leyes de la aerodinámica. El arte no debería estar reñido con la tecnología, advertencia para los artistas a venir. Pero quién hubiera podido prever este despropósito que no está escrito en ningún libro santo. Las vírgenes y santos se suicidan al reconocerse multiplicados en masificación de mediocres marmolistas. No es un espectáculo digno de verse. Tal vez algún ateo pudiera regocijarse pero la sensación tiene más que ver con el pudor de descubrir la desnudez donde no se la espera.

La santa se acerca a un cupido olvidado que aletea bajo una Biblia. Lo libra de la prisión y vuela, gordo e ingenuo a buscar el arco y las flechas. Mecanizado en una acción dispar a la santa, al cristo y hasta al supremo que llora bajo el altar su descenso. ¿Es este el infierno por mí instituido? Claro que no, porque lo que sucede es un acontecer gratuito y esto lo sabe porque es un dios aunque le cueste desarraigarse de su mundo de premios y castigos.

El mundo sacralizado de la iglesia es ahora una mezcla de restos materiales y humanos. Al perder la pose de dureza del altar, han pasado de la reverencia al ridículo. Tránsito más frecuente de lo que se pueda suponer en cualquier esfera del quehacer humano.

La santa llega a la puerta que sólo es una boca al exterior. La confusión se prolonga en las calles, en las casas. Camina entre nubes de polvo y cenizas. No sabe adónde va, simplemente avanza paso a paso. No tiene

memoria de la otra ciudad, la ciudad marcada por el ritmo frenético, la ciudad con caminos delimitados, la ciudad donde cada persona parecía tener un objetivo hacia el cual correr todos los días sin desviaciones. Ahora deambulan perdida la brújula, y deshecha la verdad del blanco apuntado sin temblor de dudas.

Quedan sobrevivientes sin lógica. Los cuerpos muertos no son un estorbo. Sin epidemias ni olores de podredumbre. Un viento seco inmoviliza a los difuntos en el último acto cotidiano. Cubiertos por grises sedas, surgidos de una foto de principios de siglo. El azar no sabe de sensacionalismos y morbos. Pasados los momentos de confusión, los vivos se sienten agradecidos al encontrar a los parientes intactos y nadie piensa en lutos o entierros. La onda expansiva recorre la memoria de muertos y vivos.

Les borra los mecanismos de defensa, las obligaciones. Quedan desnudos de rótulos. Cruelmente humanos. Huérfanos de leyes y dioses. Desamparados.

El sol vuelve a salir. La santa encuentra un cobertizo para descansar. Una sensación desconocida la obliga a tocarse los pies. La sed y el hambre cantan en sus tripas. Sorprendida no sabe qué le pasa.

Alguien le acerca una botella de agua. Siente por primera vez un líquido que baja por sus conductos. Se asusta de la frescura y agradece. El hombre la toma de la mano, acaricia su rostro y la despoja de los últimos restos de pintura barata. La desnuda de tules. Desliza unos dedos que van despertando caricias. Ese cuerpo guardado en caja de rezos, en aburridos rosarios, en plegarias monótonas, amanece piel a piel.

La casa

Los gobernantes fueron sorprendidos en el centro del acto, a punto de comenzar. Juraban nuevos ministros. Televisión, prensa, en el salón de brillos de terciopelo y oros. Los ministros escuchan un instante el ronroneo en sus oídos. Cada uno lo atribuye a los nervios individualizados de la ceremonia. Pero el ronroneo se acrecienta y recorre los músculos de los funcionarios. Se piensa en ataques, en confabulaciones de imperios. Amenazas constantes en la lucha codo a codo por el poder. Cada uno ha determinado el rostro exacto de la intriga, los rasgos del enemigo. Pero esta vez se equivocan: no hay enemigo ni atentados. El cataclismo es un sinsentido de la naturaleza. No es una guerra para encarnar la defensa de los valores acuñados en el fragor de las peleas, en el camino a LA CASA. El cataclismo ha elegido ese momento como cualquier otro. Al azar de los tiempos. No hay culpables arrojadores de bombas. No hay identificación de escuadrones. Tampoco es un terremoto o marejada determinados por meteorólogos. La previsión sólo existe en el estómago, en el miedo.

No atinan a mirarse, dudosos, avergonzados del malestar tan ajeno a los hombres ambiciosos. Niegan la magia contraria a la razón. Tambaleantes continúan la

ceremonia. Las palabras tiemblan en las bocas apuradas de juramentos. Tapan los sobresaltos con himnos. La conmoción del ánimo se estrella en fórmulas. Cadencias sombrías sin retorno a la seguridad sobria de los años son negadas. Hay que apurar las etiquetas para reconocer al culpable. No existe estorbo más espantoso que la indefinición de títulos. Apoyan manos sobre evangelios, sobre constituciones. La casa resiste reafirmando la sagrada investidura. Se agarran de los cortinados. Detienen las borlas.

Ondulan escritorios y sillones presidenciales. El almirantazgo corre con ventaja y se mantiene estático; sin mudanza en el ánimo decide asumir el control de la situación. Sueña un mundo cubierto de mares, clama un próximo diluvio donde serán los salvados y salvadores.

El almirante Sampietro se erige en absoluto soberano, reivindica la potestad para imponer penas y decidir sobre las armadas, navíos y galeras. Siente rehabilitada su reputación. Él llevará a tierra firme este gobierno tambaleante.

Acostumbrado a los vaivenes del mar, alcanza el sillón y apostrofa en tono apocalíptico su mesiánica misión a los miembros del gobierno. “Viendo Dios ser mucha la malicia de los hombres en la tierra y que todos los pensamientos de su razón se dirigen al mal continuamente dije, yo raeré de sobre la faz de la tierra al hombre y con el hombre las bestias, los reptiles y las aves del cielo pues me pesa ya de haberlos creado. Mas, Sampietro, halló gracia a los ojos del señor quien le ha susurrado en los oídos: llegó ya el fin de toda carne, decretado por mí, llena está de iniquidad la tierra por sus obras pero yo los exterminaré. Permanece en este recinto sagrado que será transformado en arca. Voy a inundar la tierra con un diluvio de aguas. Todas

cuantas cosas hay en la tierra perecerán. Mas contigo Sampietro estableceré mi alianza y permanecerás en la casa tú y tus servidores. Sólo nos queda esperar atentos a la voz del Señor”.

El sol corre entre nubarrones negros de explosiones. La plaza es una marea humana enloquecida.

El almirante Sampietro va sentado en el sillón dirigiendo la operación. Reparte órdenes a los alféreces y a los grumetes.

La casa cruje en sus cimientos, se calienta de fricciones pero aguanta contagiada por el entusiasmo del almirante.

De golpe, tal como empezó, el movimiento se aquieta. La casa detiene su respiración. Han vuelto las aguas a la calma. Sampietro desciende del sillón y luego del furor de la tormenta pasa revista a sus súbditos desarticulados en rincones, tapándose la cara, perdida la compostura de la autoridad. El almirante es presa del asco ante el ablandamiento de la suprema potestad rectora y coactiva del Estado. ¿Dónde está la prestancia del dominio? ¿Dónde está la fuerza, el vigor del hombre que debe dirigir los designios de miles de ciudadanos?

Debe evitar el espectáculo al pueblo. El respeto se basa en la fuerza, en la imagen impertérrita del poder. Estos pusilánimes no merecen consideración. Cortar cuellos para evitar la flaqueza. Mantener el modelo en el límite de los elegidos.

Cuchillo en mano desgarrar gargantas tan atónitas que no entienden ese acto gratuito. Ya están muertos desde antes, muertos de pánico, besan el arma y apuran la sangre, se arrancan las víscera. Extreman la moral purificadora. Apremian la muerte para olvidar

el cuerpo vomitado, ahogado en mierda y orines de terror.

Sampietro, salpicado de sangre, sale al balcón a recibir la aclamación de la plaza. La consagración definitiva. Levanta los brazos al cielo. La plaza es un oscuro ojo volcánico. Capitán de un barco a la deriva pontifica a comer “carne de reyes y carne de tribunos y carne de poderosos y carne de caballos y de sus jinetes y carne de todos, libres, esclavos, chicos y grandes”.

Del agujero profundo ve salir la Bestia y se arroja del balcón, sable en mano.

La naturaleza, ajena a los delirios humanos, sacude un postrero temblor y sucumbe la casa en alboroto de ruinas.

Perla

Perla vuelve del trabajo. Los pies doloridos. Este trabajo que ha conseguido después de millones de peregrinajes es un castigo. Promotora de un detergente que acaba de salir al mercado. Revolución en la limpieza. Manchas devoradas en instantes por el mágico polvo. Blancura celestial en sus sábanas. La cantidad a utilizar es mucho menor a la de otros jabones. Usted podrá ahorrar miles de pesos. El paquete cabe en el botiquín del baño.

Perla sueña con mares de jabón en polvo. Peces blancos sin manchas. El mundo lavado con el prodigioso invento. La bolsa que le cuelga del hombre pesa. Sobrecitos para repartir. Lave, señora, lave su ropa, su casa. Porque también lava platos, pisos, cacerolas. Lave. Lave su vida. Lávese las arrugas. Lávese la grasa que le cuelga. Lave a su marido de la estupidez.

El colectivo no llega y parece que quiere llover. Por qué no desparramar algunos gramos y lavarlos del mal humor, de los olores a bestia. Se sienta después de pelearse con el paraguas de una vieja. Llegar a casa y darse un baño. Sin jabón. Y mañana empezar a las siete. El adiestramiento: esto es una familia, si las ventas aumentan serán premiadas. Son los elegidos para una misión trascendente. Limpiar al mundo de manchas.

A la altura del Parque Municipal el colectivo se detiene con un alarido de tuercas desencajadas. El remate de un día perfecto. Baja, decidida a gastarse las últimas monedas en un taxi. Todos los vehículos están parados en la avenida. Todos chirrian agónicos. Camina entre insultos. No llegará al departamento a pie. Se sienta en la plaza a mirar el espectáculo. Autos y colectivos muertos. No responden más a sus dueños. Una rebelión de las máquinas. ¿Por qué no? Algún corazoncito deben tener los montones de hierros. Se acuerda del camión a pilas que le había regalado el tío Luis. Le gustaba verlo correr sin conductor, chocar contra las paredes. Programado para desplazarse en línea recta y caer desmayado ante el obstáculo. Patas arriba como los cascarudos que juntaban en verano bajo las luces de la calle. Montones de insectos encandilados bajo el redondel del farol. A la mañana siguiente estaban todos muertos, las patas al cielo.

En la avenida, los autos están todavía muertos. Tal vez se han puesto de acuerdo para dejar de ser esclavos. Piden amor. Que les digan ternuras, que los traten bien. Se levanta del banco, se acerca a un colectivo y acaricia el capó, recorre con los dedos el fileteado, arabescos rojos y azules. El colectivo responde con un espasmo de pistones.

Perla vuelve al banco. La gente ha perdido la furia del comienzo. Se han enmudecido en un silencio de miedo. Un rugido, surgido del fondo del abismo le aspira el ánimo. Se siente desfallecer acunada por una brisa que presagia la ruptura. Se agarra al banco e instintivamente se aferra al bolso con sachés de jabón. A su lado dos mujeres cantan Zamba de mi esperanza. Es lo primero que se les ha venido a la mente. Desentonadas pretenden aplacar las contracciones de la tierra. Los árboles se juntan en las copas. Perla ve desfilar la angustia en caras desencajadas.

El temblor se aquieta. Las mujeres siguen cantando la Marcha de San Lorenzo. Se les ha unido un coro improvisado. Descubiertos en el canto continúan más allá del momento del espanto. Se ponen en movimiento y desaparecen por la esquina del parque.

Nadie habla de lo que pasó. Apurados quieren llegar a algún lado, quieren pensar que nada sucedió. Encontrar los departamentos, las casas, las oficinas que dejaron. Aceptar el descontrol de la naturaleza sería aceptar la restitución del azar. El hombre que ha creado su tiempo levantando una pantalla entre él y la naturaleza.

Bulle la ciudad recompuesta en apariencia. Alguna pared abolida, un edificio desparramado en escombros. Es un momento paradójico. El cataclismo, soterrado, se viste de predicciones nunca dichas. Todos se acuerdan de haber escuchado su anuncio en conjeturas científicas. Todos se apuran a determinar los nombres del fenómeno, surgen espontáneos, reafirmados de unos a otros, de padres a hijos, de maestros a alumnos, de vecinos a vecinos.

Perla se levanta con su bolso a la rastras. Los colectivos no paran. Los autos que se niegan a ser los mismos de antes son arrastrados por grúas, escondidos en galpones, desarmados en fosas. Todo tiene explicación. Las estrellas ensayan discontinuas probabilidades. Atacadas de repulsa a la simetría, saltan de las constelaciones.

Perla, su bolso de espumas, logra subir a un colectivo que la lleva al barrio. Suspira al ver el edificio mugriento en pie. El ascensor no funciona y sube sin aliento los cuatro pisos. Abre la puerta y se desploma.

La ventana abierta es un caleidoscopio enloquecido. Sale al balcón. La calle es silencio espeso. El olor de los paraísos reconforta la noche.

Pega la vista a una estrella que circunda la luna. Parece acercarse y es arrojada por lenguas violetas. Se aleja y vuelve a la luna. En una atracción irracional es sacudida por brazos de fuego. Y es Perla la estrella. Descubre su interior más inmenso que todo el universo. Siente terror de la atracción hacia la hoguera morada pero no lo puede evitar, rebota en el calor de las llamas y corre por cosmos y ahora es la luna que se alisa de cráteres, se despereza de elipses, deviene blanca textura. El viaje es frenético, ve la ciudad, ve el planeta. Testigo del vacío. El tiempo imprime universos. Miles, millones de universos en apretadas convulsiones. Otros mueren en un desorden de rocas, se repelen, se conjuran.

Vuelve al balcón, al olor de los paraísos, a la bolsa con jabones. La luna y las estrellas siguen la danza hasta que poco a poco se acomodan a un dibujo distinto del que este planeta observa desde los principios. Una lluvia se desprende sin nubes. Cae el agua en gotas desmesuradas, en estruendo de baldes. Perla se desnuda, se baña en esa agua desconocida. Salpica el bolso, se disgregan los cartones. El agua los muele. Se acercan en espumas al balcón. Gigantesca pompa, río de burbujas llega a la calle. Otras tantas bolsas son atrapadas por la lluvia. En cada barrio, los jabones liberados se escurren por las cañerías, tropiezan en adoquines y siguen, siguen buscando las pendientes, prendiéndose de las paredes. El agua alcanza los detergentes en todas las casas. Los champúes explotan en los frascos. En los supermercados, en las perfumerías, la espuma inocente sueña caminos de nieve. El aguacero dura toda la noche. Agua en chapoteos blancos, en cascadas ligeras, en suaves arroyos.

Perla descubre un amanecer sin jabones para repartir. Sin manchas. Se descuelga en una espuma escondida y tuerce el cuello al día. En carcajadas revienta burbujas.

El interrogatorio

El galpón donde se desarrolla el interrogatorio es una estructura de chapas, abandonada y alejada del centro. Uno de esos edificios que conoció épocas de bonanza cuando la industria nacional se expandía y se hablaba de un futuro de abundancia para el país. Las nuevas políticas y los avances tecnológicos habían despojado a esos monumentos del progreso de su función acopiadora y ahora transformados en entidades marginales abrigaban toda clase de escoria suburbana.

El agente Ramírez está a cargo del interrogatorio. El jefe no quiere “contaminar” la comisaría. El jefe es un blando, pensó el policía, con toda esa mierda de los derechos humanos. Estos hijos de puta no entienden nada de todo eso. Mierda, pura mierda que hay que sacarse de encima.

- ¿Cómo te llamás?
- Pedro Salinas. ¿Por qué me trajeron acá?
- Callate. Acá las preguntas las hago yo.
- No tienen derecho a...

La mano le hunde el estómago y siente que el aire se resiste a entrar en los pulmones.

- ¿Entendiste? ¿Entendiste que me cago en tus derechos? Acá hay alguien que dice que vos tenés la plata.

- ¿Plata? ¿qué plata? No sé de que me está hablando.

- Vos te pensás que yo soy boludo. ¿Dónde está la guita?

- No sé de que está hablando. Ya se lo dije.

- Tu compañero Rojas cantó.

- No conozco a nadie que se llame así.

- Así que vos te pensás que yo soy boludo. ¿Sí? Eso pensás, ¿no? A ver esa linda carita. Debés tener suerte con las minas vos, ¿no?

La mano de Ramírez acaricia la cara de Salinas. La recorre con esos dedos cortos y ásperos. La barba de dos días, el cuello, la nuca, la oreja.

Ramírez cierra los ojos llevado por esa mano que se le va buscando la piel del otro, esa mano puta que se descontrola para el lado del deseo replegado, sometido a fuerza de prácticas marciales, endurecida en el contacto con lo más miserable de la marginalidad, siempre buscando esos lugares donde la mano no pueda encontrar caminos para traicionar la cabeza moldeada en los imperativos militares.

La mano se cierra hasta encontrar la virilidad del puño sin dedos que buscan las superficies tiernas, el contacto ancho. La mandíbula de Salinas cruje en un ruido de entrechocar de dientes astillados.

- Así que te querés hacer el vivo. Ahí lo tenemos a tu amiguito. Cantó enseguida. Es un blandito. ¡Che, Rojas! A ver, ¿qué le gusta que le hagan a tu amiguito? No contesta. Se está reponiendo de la fiesta que tuvo anoche con mis muchachos.

Salinas recorre con la lengua los dientes sueltos y siente el gusto espeso de la sangre.

- ¿Vas a hablar? Vos desembuchás y te vas cantando bajito. Acá no pasó nada. Sin resentimientos.

- No sé de qué me está hablando.

- Sos de memoria corta vos. No me hagás perder el tiempo porque me puedo poner violento. La patrona me espera para cenar. La hora de la cena es sagrada. Veo a los pibes... ¿Cuántas minitas tenés por ahí? ¿O te gustan los hombres?

- Yo solamente manejaba el auto.

- Bueno, parece que sabemos de qué estamos hablando. Vamos mejor. ¿Así que Rojas es un mentiroso?

La mano de Ramírez agarra la cabeza de Salinas, la levanta por los pelos. El hijo de puta es rubio y suave. Carne fresca, todavía tiembla. Ganas de abandonarse...

- Yo no dije nada. ¡No les hagás caso a estos hijos de puta!

- Parece que tu amigo se despertó de la siesta.

- ¿Qué te hicieron?

Salinas siente con nitidez el vacío que lo persigue desde el día del asalto. No le había gustado nada el Chino que estaba a cargo del operativo, pero Rojas lo había convencido. No seas cagón, con ésta nos retiramos. Basta de cosas chicas. El Chino es de la pesada y sabe hacer las cosas. Lo conozco desde hace tiempo. Vos lo único que tenés que hacer es conseguir un auto y esperarnos a la salida. Tienen comprados a los de seguridad. Otra como ésta no vamos a conseguir. Son cincuenta de los grandes. Podés poner el boliche y chau, vida nueva.

- ¡El Chino nos jodió!

La voz de Rojas no es la que él conocía. El tono tiene algo así como una vibración de cristales rotos, un entrecortarse por falta de aliento. Salinas presiente que las cosas no tienen solución.

- Quiero ver a Rojas.

- Ya lo estás escuchando. No te va a gustar verlo.

- Vos sabés que yo no tengo la plata.

- Bueno, bueno. Y si es así, ¿para qué estamos perdiendo el tiempo acá?

Salinas entiende todo. El agente Ramírez era el contacto del Chino con la cana. Necesitan dos culpables para cerrar el asunto.

- Si ya somos boleta, ¿para qué estamos acá?

- Es el procedimiento. ¿O vos no sabés que existe un procedimiento?. Los delincuentes no quieren confesar, se nos va un poco la mano y ahí está la institución que te respalda. Ajuste de cuentas entre malvivientes.

- ¡Hijo de puta!

- Sos muy lindo vos. Una pena, una verdadera pena.

- ¿Rojas? ¿Estás bien? ¿Qué te hicieron?

- Me parece que ya no puede escucharte. ¡Varelita!

- Sí, jefe.

- Llévatelo a Rojas. Arreglalo un poco antes de dejarlo. Andá nomás. Yo ya termino y te alcanzo.

- Entendido jefe.

- Bueno, al fin solos.
- Matame, hijo de puta.
- Tranquilo. Todavía tenemos tiempo.

La espera

Como dice Barthes en Fragmentos de un discurso amoroso, existe un guión de la espera. La escenografía típica es un café en el que los involucrados se han dado cita.

En el prólogo, un único actor de la obra. Constato, registro el retraso del otro. Miro varias veces el reloj. Esta parte termina con la puesta en marcha de la angustia de la espera.

El acto I empieza. ¿Habrá habido un malentendido sobre la hora? ¿Sobre el lugar?

La mujer en la esquina camina hasta el borde de la vereda, mira el cartel de las calles, no una vez, sino dos, tres. Quiere encontrar alguna duda que despoje a su espera del peso que carga sola. Tal vez me equivoqué de esquina. No, sé que no. Y justo hoy me puse estos zapatos que me torturan los pies. Yo sabía, yo me había prometido no esperarlo más. Que venga a mi casa y que no me tenga así en una esquina como una puta. Yo me había prometido no esperar más. ¿Qué me pasa? ¿Por qué soy yo siempre la que espera?

La mujer en la esquina cruza la calle. Se va. Pudo atravesar el círculo que la encierra en esa rueda sin fin.

No. Vuelve al lugar del principio. Repite los gestos, como si recién llegara.

Para los otros, que la encuentran en ese recorte, que no deja recrear la coreografía completa, es sólo una mujer que mira a la derecha para ver si viene algún auto, baja a la calle y alcanza el otro cordón de la vereda.

Parece haber recuperado algo de la frescura del comienzo, como si hubiese borrado el tiempo muerto de la espera, ese tiempo que se instala en las facciones de la cara, en el andar inseguro.

Desde mi silla en este café mínimo me abrazo a la mujer que despliega en una reiterada secuencia, la partitura aprendida a fuerza de enredarse en el deseo de la presencia del otro, en el deseo del cuerpo que la hace reconocerse delimitada en su ser para no deshilvanarse en la cotidianidad de su rutina.

Sí, en el café La Flor, como siempre. Necesito hablarte.

Yo no tengo dudas del lugar. Esta es la misma mesa del primer encuentro. El lugar neutral en el que los espacios no se confunden, territorio estratégico en el que las piezas pueden moverse sin temores de desbordes. Porque yo sé que mi espera ya no puede ser habitada, aunque sea por la angustia. Mi espera sólo sirve para corroborar el vacío del amor disuelto, la soledad que habrá que comenzar a llenar con mentirosos artificios.

La espera de la mujer en la calle todavía puede teñirse de mañana. Tiene esa grieta por donde queda la posibilidad de reconstituir el encuentro.

En la calle nunca más. ¡El auto! No. Qué mirás, tarado. Encima esto. Este imbécil que me quiere levantar. Espero cinco minutos y me voy. Por si le pasó algo.

Esos cinco minutos se transforman en la única razón de vivir. Se amplifican hasta dejar en sombras todos los acontecimientos pasados y futuros que la definen en su identidad.

Desde mi silla puedo sentir a la mujer sumergida en ese tiempo que la respira segundo a segundo, que la desgarran entre dos fuerzas antagónicas: llegar al límite autoimpuesto o abandonarse al infinito del tiempo.

Vigilo el segundero de mi reloj y circulo los minutos al ritmo de los sentidos de la mujer.

El ruido de la puerta del café me hace girar la cabeza.

Se acerca y mecánicamente me da un beso. Corre la silla y antes de que se siente alcanzo a ver el auto que se estaciona al lado de la mujer.

- ¿Hace mucho que estás esperando?

- No. Dame un beso.

El difunto

Hace dos días que cargan el difunto. La marcha por el desierto no ha sido fácil. Ese sol, siempre, y a la noche ese frío que tortura los huesos, aunque es un alivio después de la lucha, minuto a minuto, ganada a la corrupción del cuerpo que acecha en ampollas, en olores que no alcanzan a cubrir las hierbas que les ha dado el viejo. Ya se sienten ellos impregnados del nauseabundo aroma de la muerte y se buscan los gusanos que acechan el mínimo atisbo de podredumbre, sordos al soplo de vida que todavía hace caminar a los hombres en fila, hacia el puente, hacia ese umbral que han atravesado tantas veces y ya se imaginan las sucias calles del pueblo, los perros buscando comida, oliendo los desperdicios, intuyendo algún despojo que pueda calmar ese hambre sin límites, ese hambre que nunca encuentra consuelo.

Y esa imagen del pueblo, hundido en sus miserias, estancado en el centro de la desesperanza, sin posibilidad de movimiento a no ser el que cada vez sumerge más las cabezas, les aparece como una bendición, como el desahogo del hastío de cargar esa responsabilidad que se les ha impuesto como única vía de salvación de esas vidas que son las de sus parientes y hermanos.

Hace dos días que cargan el difunto sin palabras porque la presencia de la muerte constante, la tarea de hacerse cargo de la muerte sobrepasa los sonidos. Hubo un comienzo en que lo habían intentado, esbozaron charlas intrascendentes, como para aliviar el peso acumulado en la misión encomendada pero la maniobra les resultó reveladora del absurdo. Ante el difunto sólo se impone el silencio y así como se despojaron del habla fueron dejando en el camino las pelucas, los brazaletes, los collares con los que el viejo los había adornado para el ritual y llegaron al puente livianos de adornos, hermanos en los trajes blancos, en el caminar pausado y en la mirada absorta luego de haber visto mucho más de lo que cualquier humano debiera ser testigo.

Ahora están en el puente. Se detienen para acomodar las anjarillas en las que transportan al difunto. Inmóviles, son un punto en la inmensidad del desierto. Desde la altura, la repulsión se adivina en la casi imperceptible secuencia del pecho tirado hacia atrás, se imagina la barbilla retrayéndose y el ceño fruncido. La mano que espanta una mosca o tal vez sea sólo el ademán involuntario para aclarar la conciencia que pretende negar la atrocidad del tiempo que transforma ese cuerpo en otra cosa, en un concepto que no encuentra traducción racional, se niega a la tarea inhumana que le ha sido impuesta desde ese cielo sin voz pero con un peso estremecedor, un peso que se instala en las terminales nerviosas para que las manos vuelvan a encontrar la síntesis que las hará estirarse llevando tras de sí el brazo, el tronco, doblando un poco las rodillas para que la carga del muerto no quiebre la cintura ya agobiada por ese andar de días sin sueño que lo compense.

Y ahí están al pie del puente dormido que se ha mantenido ajeno al esfuerzo de los hombres.

Hace dos días que cargan al difunto y ahora ya entran al puente seguidos por unas nubecitas de tierra que se desprenden de sus pasos y se arremolinan impulsadas por el viento. Los hombres se desdibujan en este espejismo de polvo hasta que vuelven a salir en mitad del puente. Ese puente que nunca ha sentido el rumor del agua, ni se ha aliviado con la frescura en su lomo y que tiene el mismo color del paisaje reconociéndose sólo puente en la dureza del hormigón, en el terminado en ángulos, en la aspereza de su contacto.

Y en el tiempo de la descripción los hombres ya han traspuesto ese simulacro de puente y han alcanzado la primera calle.

Los chiquillos desarrapados son los primeros en captar la imagen y corren dando voces detrás de los hombres de blanco. Los perros más intuitivos ladran a la distancia escarbando con sus patas la tierra dura, mostrando los dientes sensibles al peligro sin nombre que les hace erizar los pelos de los cuartos flacos, que muestran las costillas.

Los hombres ya alcanzan la segunda calle seguidos por diez, quince chiquillos que gritan, se acercan y retroceden sin ver bien de qué se trata, impulsados por una excitación que los despabila de la monotonía del pueblo. Ya suben los hombres de blanco por la calle que lleva a la plaza. Parece que han dejado atrás toda fatiga y ahora avanzan con la cabeza erguida, el rostro relajado y tranquilo. Si no fuera por lo inadecuado se podría llegar a creer que algo así como una alegría se ha adueñado de su andar.

La plaza está ahí y no se resiste a la entrada de los hombres con su carga. Grupos de gente aquí y allá están parados. Los hombres llevan la mano a la cabeza y la bajan manteniendo el sombrero a la

altura del abdomen con las dos manos, aferrando con fuerza el ala, percatándose de la rigidez y sudor de los dedos aflojan la presión pero vuelven a endurecer las articulaciones al ver el rostro del difunto.

Los hombres de blanco depositan el muerto sobre el piso. Poco a poco se acercan todos formando un círculo que no deja penetrar a los chiquillos que se aferran a las piernas para ponerse en puntas de pie, girar la cabeza a izquierda y derecha buscando un hueco para encontrar el ángulo de visión.

Hasta ahora ningún lenguaje ha salido de las gargantas apretadas.

Desde arriba el círculo es casi perfecto, estático, los chiquillos se han acomodado o se han aburrido y no se mueven. En el centro el difunto envuelto en su mortaja negra y los dos hombres de blanco detrás de la cabeza del cuerpo extendido. Todos fijan la mirada en el difunto, reconociéndolo a pesar de la carcoma que le ha impuesto la marcha forzada.

Es el hijo perdido en la infancia, es el padre que no se alcanzó a conocer lo suficiente porque se fue lejos, es el amigo del que se supo de su muerte allá en algún pueblo de nombre remoto, es el abuelo que emigró y que fue espaciando las cartas. Es un muerto y todos los muertos intuidos pero no presentes. Es la abolición de la esperanza que desvía la mirada al horizonte para forzar la vuelta que no puede producirse porque no hay cuerpo que la acontezca. Y ante el difunto se van abriendo espacios los vivos.

Aquella mujer recuerda las plantas sin regar desde hace tiempo. El hombre que está a la derecha, un poco por detrás, piensa en lo bien que le sentaría tomar una cerveza helada con los amigos. El adolescente de rostro grave decide en ese instante conocer el mar y tal

vez embarcarse en un buque de carga. La nena que está a su lado busca en su bolsillo un pedazo de pan y se lo da a un perro que agradecido le besa las manos.

Redención

La mujer metió la mano en el bolsillo del delantal y sacó la caja de fósforos. Una luz pálida penetraba las grietas de la pared que daba al oeste. A esa hora, el piso de tierra, los pocos estantes hechos con cajones de fruta, la cocina económica, las sillas desparejas, la mesa cubierta con un hule raído, la cama revuelta, la cortina mugrienta que intentaba en vano delimitar el espacio de la intimidad, los objetos de loza cachados, eran alcanzados por esa luz que no sabía de pudores y desnudaba sin malicia la tristeza de la miseria.

En mitad de la estancia, el filoso vértice del atardecer alcanzó a la mujer, se entretuvo en el pelo sostenido por un pedazo de trapo. Detenida en el gesto del fósforo fuera de la caja se dejó introducir por esa luminosidad que fue bajando por su espalda. La nuca agrietada por el sol seco de la meseta, se entregó a la caricia rescatada de alguna memoria de la infancia. La luz caminó sus vértebras desencajadas por el esfuerzo del hacha, arriba y abajo, día a día, se ensanchó en sus caderas para despertar al calor ese territorio olvidado, receptor pasivo de los acoplamientos y expulsor de hijos a tiempos reglamentados biológicamente.

El fósforo en la mano se agitó al rozar la superficie áspera del costado de la caja y en el mismo momento

en que el ocaso se extinguió, la llama alumbró el rostro todavía joven en las pupilas desconcertadas por el descubrimiento de la sensación desconocida que habitaba su cuerpo. El brazo se estiró hasta cerca del farol. La llama prendió la mecha del aparato y la luz familiar y parpadeante restituyó el tiempo en ese rancho y en esa mujer que con un gesto repetido colgó el farol creando un círculo amarillo que alcanzó sólo la mesa y la cocina.

Transitó esa noche la rutina de preparar la comida para ella sola porque el hombre se había ido a la esquila y los hijos crecidos lo acompañaban mientras que los más chicos estaban en el internado. Durmió liviana y al día siguiente se ocupó, tal como lo había hecho siempre, de los chivos, de la leña, de buscar el agua, pero cuando el sol empezó a bajar en ese cielo ancho se apuró para regresar al rancho y se ubicó en el mismo lugar del día anterior, buscando la rendija que dejaba pasar ese rayo, hábil en sus jugueteos desentrañando sensaciones.

Descubriendo el mecanismo de parir movimiento desde la propia voluntad se acomodó para recibirlo de frente y se dejó alcanzar en el rostro, en el cuello; al llegar al pecho se desabrochó la blusa con cierto pudor para entregarse a la calidez que le iluminó los pechos caídos y bajó hacia el vientre que también fue tocado por la luz y mientras la oscuridad ya se había instalado en el paisaje exterior, la mujer iluminada alcanzaba las orillas de ese placer que se le ofrecía en la dureza de esa vida sin esperanzas y renacía en una dimensión de la que nunca había tenido ningún indicio.

En la soledad de la meseta sin límites y estremecida por los vientos que sólo le habían traído voces lejanas de vidas repetidas como la suya, sin posibilidades de romper la línea continua de desolación

inscripta en la misma estructura de esa tierra, la mujer se fue entregando día a día a la hondura de la claridad buscadora de esencias más allá de rutinas desgraciadas, a la luz bendecida, milagro redentor del cuerpo golpeado por el desamor y la rigurosidad del destino impuesto por dioses despiadados.

Tarde a tarde la mujer se encendía y se entregaba agradecida a ese último sol que permanecía en su rancho cada vez más tiempo hasta compartir su cama hasta el amanecer.

Comenzó a arreglarse para su cita crepuscular, se lavaba el cuerpo y el pelo y se miraba al espejo redondo que colgaba de la puerta del excusado, sin apuro, deteniéndose en los ojos que ahora se le aparecían con un brillo desconocido.

Pasada la esquila, el hombre y los hijos volvieron al rancho y les costó reconocer en esa mujer luz a la madre y mujer que habían dejado sólo hacia algunas semanas. El hombre atribuyó el cambio a un rival y sin palabras la volteó en la cama enceguecido por la rabia y el apremio del cuerpo. Los hijos acostumbrados a los rituales violentos del padre salieron como siempre y esta vez como traían la plata de la paga se fueron rumbo al boliche para apagar con alcohol las visiones repetidas de las que habían sido espectadores desde la infancia y que dejaban siempre un resabio de amargura y odio que ahora que eran hombres podrían enterrar en el vino.

La mujer no opuso resistencia al acoso del hombre quien ante la primera arremetida sintió que ese cuerpo le quemaba como el sol del mediodía en la meseta de verano. Su entendimiento no pudo acceder a interpretar el acontecimiento y sólo atinó a golpearla y patearla una y otra vez para aplacar su propio susto. La dejó por muerta y fue a emborracharse con los

hijos para olvidar ese contacto candente que sólo podía venir del infierno. Eso, el infierno se había apoderado del cuerpo de su mujer. En esos lugares sólo el diablo se anima y recordó la luz mala que le había llenado de espanto el cuerpo más de una vez cuando andaba de noche.

Se emborrachó hasta el delirio y la cabeza le estalló en luminiscencias que ya no le dejaron nunca más encontrar el tranco a los pensamientos.

La mujer en el rancho se despojó de las ropas ensangrentadas y se dejó lamer por las lenguas luminosas que acudieron a su cuerpo. Una y otra vez sintió como subían y bajaban los dedos de sol reconstituyendo la piel amoratada, evaporaban los dolores de los puños marcados en el rostro, las patadas en el estómago.

Se abrazó al encuentro que se volvió llama. El fuego alcanzó uno a uno los despojos que habitaban el rancho, consumió rigurosamente las pertenencias hasta transformarse en fogata redentora.

Ese amanecer el sol iluminó la extensión con una luz nueva.

El cuerpo del hijo

El viejo mira el cuerpo recostado en la puerta. Con un gesto de la mano apacigua el sol del mediodía. Ese sol que lo ha encerrado en los límites de esas chapas y maderas con las que ha construido una especie de cobertizo. En la oscuridad los sueños son solo eso, sueños. El resplandor del desierto crea presencias engañosas que no obedecen al conjuro de la vigilia.

El viejo, sorprendido en esa claridad tramposa, toca el cuerpo a punto de sucumbir. El contacto de la piel no lo convence y huele la sangre seca que dibuja costras con la tierra. Tampoco el olfato es confiable. Puede ser un juego más y como tal se entrega sin esperanza de triunfo. Arrastra el cuerpo del hijo al interior de la precaria vivienda. Lava las heridas con mucho cuidado para que no se le desvanezca la carne y quede, como otras veces, con la esponja en la mano y llorando a los gritos. Pero el sueño resiste al agua y el jabón y el viejo agradece esa tregua al delirio. El nombre del hijo explota en las cuerdas vocales reseca del viejo y la palabra es tan ajena al cuerpo como el eco que responde a los truenos de los derrumbes en la quebrada. Lo acuesta y busca la botella para poder acomodar la imagen del hombre tirado en la cama. Ignacio, repite, y sale al sol. Los nexos se le escapan

por los huecos del tiempo. Desencajada la memoria se niega a encontrar su ritmo. Salta hacia atrás, y cuando parece enfocarse en imagen vuelve a la cama, al cuerpo desvanecido. Busca las huellas que lo trajeron y se da cuenta de que no existen. Necesita restablecer algún orden y el hijo no encaja. Tiene que alejarlo de esta tierra, se repite sin saber por qué acude a su entendimiento ese imperativo. Pero entre el espacio del pensamiento que se repite y la acción que es debido realizar, se interpone el cansancio de un cuerpo que ya no responde a los mandatos físicos. ¿Cómo cargar sobre su cáscara ruinosa el otro cuerpo? ¿Cómo trasponer la distancia para devolverlo a los hombres, a los tiempos cotidianos?

Una certeza le urge las tripas; su hijo se muere y si esto ocurre, tendrá que verlo deambular por esta tierra para siempre.

No existen límites en el desierto porque el viento los borra. El viento juega macabras esperas, se mantiene calmo, respira en brisa y cuando el cuerpo se relaja, ataca en furia de tierra, se jacta de su territorio y confunde hasta las mentes más fuertes. El hijo despierta salvajes deseos de lucha, oscuras presencias de redención.

El viento ya ha entrado en la casa, ha reconocido el cuerpo húmedo, se ha regocijado en caricias y flota ahora en aire sensual. El viejo vocifera sin saber cómo articula esos guturales sonidos, espanta con las manos al reconocido enemigo incorpóreo que canta entre las rendijas.

Improvisa algo así como unas angarillas con algunas de las tablas que lo protegen de la intemperie y las ata con determinación, acomoda con dificultad el cuerpo percibiendo desde su oscura memoria una especie de justificación en el acto que realiza, una

especie de fundamento a su permanencia a pesar de los esfuerzos desmedidos día a día para desvanecerse, para devenir nada, para hacerse uno con el vacío que forma su entorno.

Con resolución sale al sol y su actitud desafiante parece calmar al viento que se repliega como un perro esperando la caricia de su amo. El hijo se queja, la fiebre socava la voluntad del herido y los ojos se abren buscando referencias lejanas. El viejo le da agua, acaricia la frente sudada y mira para otro lado. Rehúye los ojos alucinados prefiriendo el sol paralizado en un cielo que es pura blancura. Con un esfuerzo desesperado comienza la marcha, la concentración en el movimiento le da respiro a la búsqueda de la razón de ese hijo llegado para resucitar fantasmas que se perciben en la inquietud pero que no devienen imágenes acabadas. El viento retoma malintencionado. Fresco, alivia la tarde, el hombre sabe de sus tretas y no agradece, agacha la cabeza, tensa los músculos y va paso a paso. El cobertizo que es su solo refugio, se distancia y pone en duda su existencia. El sol está clavado en el cielo inmóvil y a pesar de la distancia recorrida por el hombre, el tiempo no ha avanzado ni un segundo.

Se detiene en mitad de la nada seca, se arrodilla al lado del hijo y comienza a hablar recuperando una modulación casi olvidada en ese destierro de silencio. Suplica clemencia, en letanías pide al viento que se lleve a su hijo a otro lugar, con la voz recobrada aparece esa memoria que se le había escabullido una y otra vez. No está en ese lugar por propia voluntad. El viento parece darse cuenta de lo que pasa por la mente del viejo y se le enrosca en las manos desanudando los dedos y elevándole los brazos al cielo le vuelve el rostro hacia el hijo para que lo vea, para que no pueda dudar de su presencia.

La nitidez de la percepción de lo que sucede le hace tambalear la conciencia; sabe que este lugar donde deambula es el infierno al que ha sido relegado por siempre y que ahora el delirio del castigo que creía ya delimitado a su presencia se extiende al otro cuerpo. Ha recuperado al hijo para cargar con él en esa eternidad en la que no existe posibilidad de redención.

La sirena

La certeza se gesta en el interior y no tiene ninguna asociación con la realidad. Algunas veces eso que llamamos lo real nos permite corroborar la certeza, aunque me inclino más a suponer que construimos o elegimos los elementos más pertinentes, los que más se ajusten a nuestra certidumbre. No vaya a ser que se nos agite un poco y tambalee nuestro credo. ¿Con qué nos quedaríamos?

El viejo sentado en la segunda fila, del lado de la ventanilla, con una manta en las rodillas, mira la fotografía en el diario. ¿Le parece que será cierto?

Una cola de pez, un rostro de cabaretera en decadencia y unas tetas que son más contundentes que los cantos que escuchó Ulises y su tripulación camino a Itaca.

¿Por qué no?

El epígrafe remata: “Encontramos a la sirena“.

El viejo mete la mano en su bolsita de nylon y agarra algunas hojas de coca, las lleva a la boca mientras el camino se disloca y desaparece tragado por el torrente oscuro que arremete desde los altos.

El colectivo frena y la gente, las bolsas, los

paquetes, cansados de subir y bajar, se quedan quietos y silenciosos haciéndose los distraídos. “A mí no me toca esta vez”, piensa cada uno tratando de pasar desapercibido.

La sirena es la única que mantiene los ojos directos y nos mira desde una profundidad que no es la de los mares mitológicos plagados de resplandores de dioses y carros luminosos escoltados por peces olímpicos.

La sirena nos mira con la desorientación apagada del altiplano. El viejo le mantiene la mirada. Y son los ojos en los ojos, no en otras partes de la anatomía que podrían parecer más atractivas a un hombre de la condición de la que estamos hablando y podemos suponer no muy acostumbrado a atributos femeninos como los que se le presentan desde el papel basto que sostiene en las manos.

Hay que bajar para que el colectivo pueda pasar más liviano, los chicos y los bultos pueden quedarse. Respiran los chicos y los bultos y ahí va el viejo que dobla la manta de las rodillas y la deja sobre el asiento no sin antes cerrar con cuidado la bolsita con las hojas de coca que mete en un bolso que también queda haciendo compañía a la manta. La sirena no se queda, por supuesto que no, no pudiéndose clasificar en el conjunto de los bultos y tampoco en el de los chicos, aunque comparta con ellos el rasgo humano, la sirena hecha y derecha con todo lo que es menester para ser considerada como tal, baja con los pasajeros, respetuosa de las órdenes del almirante chofer.

Desde el ángulo del doblez al que la ha relegado la posición del diario en el apretado espacio entre el codo y la cadera del viejo, percibe un universo acuoso que le recuerda su entorno familiar, aunque vislumbra colores que no le son cotidianos.

El viejo mira el torrente y cruza decidido las aguas. Apúrese porque allá arriba está lloviendo y esto va a crecer. La última vez casi se nos queda uno, con una sogá lo pudimos sacar. Y con el agua a las rodillas atravesamos una vez más otro de esos ríos que se forman de la nada con la fuerza de la prepotencia de la naturaleza que no sabe de cauces predeterminados a los que los humanos están tan acostumbrados.

Del otro lado del agua aguantamos la respiración y cruzamos los dedos mientras el colectivo arremete con bravura, hombre y máquina se hacen uno para vencer las honduras marrones escondedoras de abismos pantanosos, de rocas soberbias y va cabalgando, cruzando los metros que nos separan, se tuerce, se endereza, resopla, para encontrar al final la solidez del camino. Todavía nos quedan tres. Lapidaria afirmación que no da respiro al alivio de haber encontrado al fin la senda segura, el trazo endeble que pueda llevarnos a nuestro destino. ¡Y después andamos por ahí buscando metáforas complicadas de la vida!

¿Y nuestra mujer pez? Aquí viene acompañando a nuestro viejo. Otra vez acomodados, manta en las rodillas, hojas de coca de la bolsa a la boca.

Dicen que la tienen en Copacabana; un pescador la encontró cerca de la Isla del Sol.

En el viejo no hay ignorancia. Tiene un rostro sabio y claro.

Ahora llueve y el día ha virado a una semipenumbra líquida. En las páginas interiores del diario hay otras fotografías de la sirena. Sobre una roca, la cola hacia la derecha en un gesto de coquetería y las manos tapando las tetas en un gesto de falso pudor. La otra, saliendo del agua, sólo la cabeza fuera y por detrás la punta de la cola.

No alcanzo a leer lo que dice el texto pero puedo imaginarlo sin esfuerzo, considerando la calidad del periódico.

La mujer que va delante de mi asiento me ofrece un abrigo para las piernas, también mastica coca de una bolsa que mantiene en su falda. A través del vidrio que nos separa de la cabina del chofer, veo sus pies desnudos y embarrados y una sonrisa sin dientes dirigida al muchacho que le hace de asistente.

La sirena descansa en el hueco entre el asiento y la ventanilla, integrante de esta comunidad que se ha formado después de más de quince horas para recorrer doscientos kilómetros, instalada con soltura en el conglomerado de almas que no desesperan en este viaje sin horario, sin puentes y sin certezas.

El encuentro

Si pudiera encontrar la voz que sale del cuerpo y no solo la palabra aprendida en institutos, tal vez la comunicación sería posible, aunque muchas veces en el propio idioma tampoco la palabra se gesta en la organicidad del cuerpo y emerge hueca como la mera prueba de la posibilidad física de articular sonidos.

El hombre y la mujer acaban de encontrarse y reconocerse en esa sala enorme de ese aeropuerto desproporcionado en su modernidad de vidrio y acero.

Él, vestido de negro: traje, zapatos y maletín. Ella, con un vestido demasiado liviano para esa primavera oriental que a pesar de haber ya despuntado en las flores de los cerezos, se ha vuelto a replegar en una lluvia fría que se escarcha en contacto con el pavimento.

Ella busca encajar esa imagen con las fotos recibidas, con la voz llegada a través del teléfono, con los mensajes por Internet. Ya no se puede volver atrás el tiempo para refugiarse en la ilusión de cuerpos fantaseados hasta los mínimos detalles, de cuerpos a la medida de las necesidades más íntimas. La presencia del otro, en vivo y en directo, cercena todas las hipótesis que permiten ajustar nuestros deseos a esa voz, a esa

sintaxis que llegaban desde ese lugar remoto también vislumbrado en retazos y que ahora se constituye en el espacio del hoy.

La contundencia de lo tangible contiene la potencialidad de agregar el calor y el olor de una piel determinada a la imagen incorpórea fabricada en la mente, pero al mismo tiempo descarta la multiplicidad y variedad productos de la duda sobre la apariencia concreta del otro, como cuando la imagen del actor que representa el personaje de la novela que hemos leído se impone por sobre nuestra figura construida con los elementos del texto pero acabada a nuestro gusto y antojo.

Tal como él había acordado no hay besos, ni abrazos, ni una mano en la otra sino simplemente un inclinarse de la cabeza del hombre de negro y una sonrisa de ella que no encuentra eco en la inexpresividad del rostro que tiene enfrente.

Él toma la valija de la mujer y salen hasta el estacionamiento. En ese trayecto la mujer tiene tiempo de acomodar sus miedos para entregarse a la imposibilidad de darse vuelta y echarse a correr para arrinconarse nuevamente en la expectativa del encuentro que ya aconteció.

Ya están sentados en el auto y allí él la mira, extiende la mano y le acaricia el pelo y la cara. Ella se afloja sin agregar ninguna intención. Él se acerca y la besa en los ojos, en la boca muy suave. La suelta y enciende el motor. Ahora transitan las calles mientras ella intenta centrarse en ese momento que está viviendo, se esfuerza en mirar ese paisaje desconocido y pregunta sobre la identidad de algún edificio. Él responde y por primera vez desde que llegó a ese país escucha su voz en un inglés que le cuesta entender, atravesado por una entonación y un timbre que le son

absolutamente extraños. Él habla y ella escucha sin entender demasiado lo que dice pero tranquilizada se deja arrullar, contenta de haber salido de ese silencio al que se había visto relegada. Ella no está acostumbrada a la ausencia de voces. Su mundo está poblado de ruidos humanos. En su entorno todo se dice, se grita y ella cae en la cuenta de que el verse privada de la voz es una amputación. Así lo piensa, y siente esa amputación más certera que la de un miembro de su cuerpo.

Llegan al hotel que él le ha reservado. Ella no sabe lo que él va a hacer pero no pregunta. El hombre toma la llave mientras ella rellena los papeles que le alcanza el conserje. Suben por un ascensor que da al exterior, a un parque donde los cerezos florecidos forman un dibujo geométrico en el centro del cual una pequeña fuente arroja un chorro hacia el cielo.

Camina por un pasillo hasta llegar al número de la habitación, que ella no sabe todavía cuál es. El hombre pone la llave y abre la puerta. El espacio es amplio y tiene un ventanal que da a la calle. Ella se acerca para mirar a la calle y ve rostros iguales, vestidos de negro y se le ocurre que no sabe si podría distinguir el del hombre que la acompaña en esa habitación de hotel de los otros que se mueven ahí afuera, y esa idea le causa espanto. Se ve en una película de Kurosawa buscando en una multitud de hombres vestidos de negro que no la miran, grita el nombre del hombre pero no encuentra ninguna respuesta en las máscaras sin ojos, sin bocas.

La mujer siente dos manos que se apoyan en sus hombros y se sobresalta pero no se da vuelta. Las manos bajan por sus brazos enlazándola por la cintura. Ahora siente el cuerpo del hombre en la espalda. La besa en el cuello y ella recuerda las veces que hicieron el amor; mejor dicho, que él le hacía el amor por teléfono. Él

ordenaba y ella obedecía. La primera vez ella sintió un pudor que nunca había experimentado en presencia de ningún cuerpo de hombre. Fue siguiendo las instrucciones que llegaban desde la otra parte del mundo mientras se iba desabrochando la blusa, despacio, botón a botón y al mismo tiempo que la entonación se articulaba, pausada, buscando las palabras justas, sin ningún vocablo de más, enlazadas unas con otras por espacios lentos, ella sentía una excitación nueva, veía sus propias manos ajenas que tocaban los pechos, que bajaban al vientre, que encontraban el cierre del pantalón, se detenían y volvían a subir buscando el broche del corpiño.

Y ahora las manos son las de él que repiten los movimientos dictados una y otra vez a través de esa inmensidad física que los distanciaba.

Ella sigue mirando la calle, absorta en el desfilar de los hombres vestidos de negro, inmóvil en ese dejar el cuerpo en manos del hombre, entregando con gratitud la gestión del placer fuera de los límites de su voluntad va siguiendo el recorrido aprendido, las pulsaciones en los lugares exactos. La conciencia de su desnudez en ese ventanal hace más intensa la sensación de placer y son todos los hombres de negro que circulan por la calle quienes le hacen el amor, que le cubren cada espacio con lenguas y dedos buscando sus pezones, humedeciéndola, y ella, de pie, sin moverse acumulando sensaciones, contacto a contacto, se abre para dejar entrar ese momento que se dilata, va y viene, atravesándola, acercándose y alejándose, adentro y afuera, palpitando, temblando la piel gigante proyectada a través de la ventana, abre los ojos cabalgando el momento del orgasmo, encontrando la mirada de uno de los hombres de negro que no han dejado de transitar sobre ella y que desde la vereda de

enfrente asiste a la celebración de su encuentro con el vacío que nos reconcilia con la muerte en la infinita secuencia de los renacimientos.

Milagros Santos

El tren en que viene Milagros Santos se detiene de tal manera que la puerta del vagón queda justo donde la madre de Ventura Nomdedeu espera. Milagros Santos ya está esperando -de pie, el bolso en el hombro y la valija en la mano- que el tren frene por completo.

En ese último instante de chirridos desordenados y hasta que el silencio restituye la serenidad de la tarde, las dos mujeres, separadas por la puerta del vagón, quedan enfrentadas. La madre de Ventura, medio metro por debajo, en el andén, levanta los ojos para encontrar los de Milagros. Milagros le sostiene la mirada. El tren ya se ha detenido por completo. No hay gestos; la mirada de la madre de Ventura sostenida en los ojos oscuros de Milagros estira el tiempo.

El pitido del tren, dispuesto para continuar el itinerario establecido, da por finalizada la escala en Rincón del Aceite. Cuando Milagros abre la puerta y baja los escalones hacia el andén, hacia la madre de Ventura Nomdedeu, el tren empieza a moverse.

Ahora las dos mujeres quedan a la misma altura. Milagros, muy derecha, deja la valija en el suelo y estira la mano hacia la mujer. La madre de Ventura baja los ojos y estrecha la palma.

- Hola Milagros. Gracias por haber venido.

- ¿Cómo está?

- Ya lo vas a ver. Vamos.

Milagros no pregunta por Ventura, la pregunta va dirigida a la madre. No insiste.

Salen de la estación. La madre de Ventura va adelante y Milagros la sigue, arrastrando la valija. Llegan a la camioneta. En la caja hay un perro que a Milagros le recuerda otros perros. Sube la valija a la caja y acaricia al animal que le da un lengüetazo en la mano.

- Es hijo de la Pancha. Se nos murió el año pasado, pero nos quedó éste. Se llama Tizado.

Las dos mujeres suben a la camioneta. La madre de Ventura enciende el motor y salen por el camino vecinal sin entrar al pueblo, que queda a la derecha. Ha llovido mucho y los charcos explotan al paso del vehículo.

- ¿Cómo me encontró?

- Blanca Hidalgo me dijo que estabas en Neuquén, que te había encontrado cuando llevó a la nena a operar y que le habías dado tu teléfono. ¿Te va bien en Neuquén?

- No me puedo quejar.

Van subiendo despacio por el camino. Milagros mira las casas, después la escuela, la tranquera de la estancia Los Sauces, la recta larga que viene después de la bajada de Río Frío, las ovejas ya esquiladas, la cortina de álamos del puesto de San Martín. Todo está en su sitio como la primera vez que Ventura la llevó a La Casilda.

Habían pasado más diez años, desde esa primera vez en que Ventura, en la misma camioneta Ford 100, la llevó a conocer La Casilda. Milagros se acuerda de la luz de la mañana fría de junio, la nieve en la cordillera y la luna que todavía brillaba mientras el sol se levantaba en el este. Tenía puestos el gorro de lana roja y los guantes de piel de cordero por el lado de adentro. Mucho más no se acuerda pero puede sentir sin esfuerzo el tacto blando del cordero y la lana del gorro que le tapaba las orejas y le hacía picar la cabeza. Ventura a su lado le iba enumerando los establecimientos por donde pasaban y ella solo se abrigaba en el gorro y los guantes, tranquila como nunca más lo estaría. Llegaron casi al mediodía. El encargado había preparado unos churrascos y el fuego en el fogón era una fiesta. Se sacó el gorro y los guantes y acercó las manos al fuego. Ventura volvió con la comida y se sentaron muy cerca del fogón.

La madre de Ventura frena de golpe. Un arreo corta el paso. La mirada de las dos mujeres descansa en las vacas que, sin prisa, pasan mientras los peones las apuran con gritos para dar paso a la camioneta. Cinco, seis, siete perros ayudan en el trabajo. Milagros repasa todos los colores de los perros que fueron su compañía en La Casilda. No hubiera sobrevivido sin ellos a los largos arreos de Ventura y la persistente dureza de la madre, a la sequedad de la mujer que estalló sin reservas cuando supo quién era. La echó y Milagros no supo defender lo que no tenía nombre. Muchas veces en Neuquén se encontró con la mirada de perros abandonados, sueltos en la calle, que la buscaron queriendo ser reconocidos pero ella ya no tenía lugar para la ternura ni para la piedad. Trataba de evitar los ojos de los perros y cuando los veía venir, moviendo la cola, se cruzaba de vereda.

Arrancan de nuevo. El cielo es enorme en el atardecer de fines de noviembre. El río viene casi

desbordado. La madre de Ventura sigue los ojos de Milagros.

Este año llovió mucho. Sumado al deshielo me parece que se va a desbordar más de un río. Hasta el arroyo del campo viene crecido.

El desvío a Lago Seco y después la tranquera de La Casilda. El vehículo se detiene. Milagros no hace ningún gesto para bajarse a abrir la tranquera, agarrada del bolso mira fijo en dirección al bosquecito de maitenes. La mujer mayor duda pero no dice nada, abre la puerta de la camioneta y baja. El perro salta de la caja. Milagros observa que la mujer renguea del lado izquierdo, la cadera se inclina más de lo necesario. Saca el palo y estira el alambre hasta que queda espacio para pasar; los movimientos son precisos pero la pierna derecha parece soldada en la coyuntura de la rodilla. Sube otra vez a la camioneta y entra a La Casilda. El perro las sigue corriendo.

Cuando pasan el bosquecito de maitenes aparece la casa, la recta final que la vuelve a la historia más desgraciada de su vida. En realidad a la única historia de su vida. La madre de Ventura mete la camioneta en el galpón. El perro ladra y mueve la cola pero nadie sale de la casa.

Ventura y los peones están llevando el ganado a la veranada. No creo que vuelvan hasta el sábado.

Es jueves. Milagros saca la valija de la caja y sigue a la mujer al interior de la casa.

- Ponete cómoda. Voy a prender el fuego.

Milagros recorre el pasillo oscuro hasta llegar a la habitación que fue la suya durante ocho años. Pone la valija sobre la cama y la abre, todo lo que le queda está ahí. Cuelga las camisas, los dos vestidos y los abrigos.

El resto de la ropa la guarda en la cómoda. Corre la cortina de la ventana. Da al oeste, el sol se pone en la cordillera sin una nube. Acomoda todo, sale de la pieza y va al encuentro de la madre de Ventura Nomdedeu.

La mujer está sentada, al lado del fuego. Milagros acerca una silla. El Tizado levanta la cabeza para mirarla y vuelve a enroscarse en la tibieza de su propia piel, a los pies de la mujer mayor. El fuego es una fiesta.

La mujer mayor empieza a hablar, sin ganas, pero apremiada por la decisión tomada.

- Como te dije por teléfono, me voy mañana. No te pedí que vinieras para disculparme, yo no te quise y mucho menos cuando supe quién eras. En todos estos años no cambié de sentir. Hay cosas contra las que no se puede pelear. Eso lo entendí.

Milagros Santos mira los palos que se encienden, el chisporroteo de las ramitas de ñire. El fuego es una fiesta.

- La casa es tuya. Ya firmé todos los papeles. Podés pasar a buscarlos por la escribanía cuando quieras. Ventura no sabe nada. Desde que te fuiste.

El Tizado se estira, se acerca a Milagros y le da un lengüetazo en la mano. Milagros le acaricia la cabeza. La mujer mayor se calla, se levanta a alimentar el fuego y sale a buscar más leña. El Tizado la mira irse pero no la sigue, da una vuelta y se acurruca a los pies de Milagros quien siente el calor del animal en los pies fríos a pesar de estar en noviembre.

Milagros tiene siete años. Vive con su madre en una casita con jardín al río. Ve venir a ese señor que las visita, a su madre y a ella, esta vez le trae un cachorro. La madre sale de la casa al escuchar los gritos de Milagros.

- ¿Es para mí? ¡Qué lindo que es!- Lo agarra y lo aprieta contra el pecho, es caliente y suave.

- Vas a tener que ocuparte de él. Es muy chico y necesita una mamá.

- ¡Sí! ¡Sí! Yo voy a ser su mamá.

- Tenés que ponerle un nombre.

La madre ya salió de la casa y observa al hombre y a la nena.

- ¡Uy, qué difícil! ¡Mamá, mirá qué lindo que es!- El cachorro le lame las manos, la cara, las orejas. Busca algo para mamar.

- Podés tomarte tu tiempo, para el nombre. Sabés que los nombres se te aparecen. Tenés que mirar bien al cachorro, muy fijo y él te va a decir cuál es el nombre. Vamos a buscarle un poco de leche porque tiene hambre.

Al pasar al lado de la madre de Milagros le sonrío y le da un beso. Ella le acaricia el cuello y lo besa también.

La madre de Ventura vuelve con leña y la acomoda al lado del fogón, se sacude la ropa y vuelve a sentarse. Milagros observa que le cuesta recuperar el aliento. Ya debe estar por los setenta, calcula Milagros, la mano le tiembla un poco y vuelve a observar esa rodilla que parece estar soldada en la coyuntura.

- Le dije a Ventura que iba a hacerle compañía a mi hermana Sara por unos días, pero no voy a volver. Son muchos años. Me vas a tener que llevar a la estación. Ya ves, no hay nadie más.

- No hay problema.

Milagros escucha su propia voz como ajena. Es la primera vez que habla desde que entró a la casa.

Levanta la vista y busca ese retrato que siempre estuvo colgado a la derecha del fogón. Ahí está: la mujer que está a su lado con más de cuarenta años menos, y el hombre que iba a su casa, el que le regaló el primer perro y besaba a su mamá en la boca.

La vida te da sorpresas

Desde que la había conocido no había podido dejar de pensar en ella. Reconocía que no era una mujer hermosa. No encontraba ningún rasgo extraordinario, ni baja ni alta, algo rellena en las caderas, no tenía una piel suave, ni ojos de expresión particular o color definido. Era algo que se desprendía de su andar un poco encorvado, de sus zapatos de tacos gastados, de su pelo despeinado que dejaba suelto hasta los hombros.

Ocupó el lugar de Alonso que se había jubilado hacía unos meses. El primer día que se presentó fue un lunes 4 de mayo. Se había puesto al cuello un pañuelo de tonos violetas.

Giménez se acuerda de ese detalle insignificante elegido entre un sinfín de otros detalles de más trascendencia por esos avatares de la memoria que cataloga menudencias, recortes al azar, como ese cuello envuelto en ese retazo de gasa o el talón gastado que apenas si tiene peso en la descripción acabada de la mujer que entró ese día a instalarse en el escritorio de Alonso.

Rosana, así se llamaba la mujer, explicó que había conseguido ese trabajo por un primo que era

amigo de uno de los dueños del estudio. Había sido una lotería porque el banco donde trabajaba había cerrado y ella tenía dos hijos para criar sola y como estaban las cosas en el país esto era realmente un regalo del cielo. Hablaba rápido, con cierto nerviosismo que se le notaba en las manos que siempre metía dentro del pullover o la camisa. Era un gesto involuntario como si intentara de esa manera esconder esa personalidad agitada que encontraba cauce en las manos.

Giménez sintió que esa mujer lo atraía y ya el primer día, a la hora del almuerzo la invitó al bar de la esquina. Ella se disculpó porque tenía que hacer un trámite, algo que ver con la indemnización que debían pagarle en el banco. Se alejó por la calle y tomó el primer taxi que pasó.

Al otro día repitió la invitación y Rosana volvió a disculparse, ahora era el colegio de su hijo menor. Volvió a alejarse por la calle y subió a un taxi.

Todos los mediodías salía apurada y siempre tenía alguna disculpa para alejarse rápido y tomar un taxi. A las tres de la tarde estaba sentada en su escritorio trabajando.

Fue un viernes, casi al mes de que había empezado a trabajar cuando Giménez repitió la invitación que se había vuelto un ritual obligado del que ya conocía todos los pormenores y la mujer aceptó.

Fueron al bar de la esquina. Ella le contó de sus hijos: Elisa tenía catorce años y Mariano doce, una edad difícil, le absorbían toda la energía, entre el trabajo, que daba gracias a Dios de haberlo conseguido pero era mucho más pesado que el banco, sobre todo el horario ya que ahora salía a las siete de casa y no volvía hasta las ocho de la noche. Además se sentía bastante frustrada

porque había trabajado siempre en comercio exterior y ahora esto de liquidar sueldos no era muy gratificante.

- Perdoname. Estoy hablando sola. ¿Y vos? ¿Tenés hijos?

- No. Me separé hace dos años pero no tuvimos hijos.

- ¿Hace mucho que trabajás en el estudio?

Giménez contestó que quince años. Quince años que se le habían ido así como así, repitiendo una rutina que había sentido en un principio transitoria porque él quería algo más pero, poco a poco se había instalado en ese conformismo que encontraba excusas para ir acomodándose cada vez más hasta transformarse en lo que él mismo era.

Cuando conoció a Ana todavía sentía que tenía fuerzas para empezar de cero pero ella siempre tenía miedo. Por lo menos es un trabajo seguro, ahí te aprecian y con lo que ganamos los dos podemos pensar en comprar el departamento. Compraron el departamento en ese décimo piso con vista al parque y lo amueblaron y se fueron de vacaciones todos los veranos y así hubiera seguido la vida de Giménez si no fuera que Ana hacía dos años que se había ido. Se había enamorado de otro. Le dejó el departamento y como se había acomodado a Ana, se acomodó a vivir solo.

- ¿Querés otro café?

- Bueno.

- Mañana es sábado. Me gustaría verte.

Giménez empezó a salir con Rosana y así comenzó a reconstituir la historia del marido. Se había suicidado hacía ya cinco años. El último tiempo jugaba

mucho y había perdido casi todo el capital que tenían. Había sido un físico brillante que, según la mujer, no había podido controlar la compulsión por el juego.

Giménez sospechó una historia más compleja que ese mero resumen que Rosana se empeñaba en repetir.

Nunca voy a entender por qué se mató. Hubiera podido curarse como tantos otros. Me lo había prometido una y otra vez. Fuimos juntos a un grupo de recuperación. El último tiempo aceptó un trabajo en un pueblo. No tenía nada que ver con su especialidad. Vendía productos agropecuarios pero decía que así estaba lejos de cualquier tentación. En el pueblo no había ni una agencia de quiniela. Fui a verlo varias veces con los chicos. Se lo veía contento. Nunca sospeché que pudiera pasar lo que pasó. Fue muy duro. Todavía lo es. Me cuesta mucho superarlo. Siento que yo tuve algo que ver o que no hice lo suficiente. Me culpo por no haber podido ver lo que le pasaba.

Giménez la abrazaba, la dejaba que llorase un rato y se quedaba con ganas de saber más de ese hombre.

De a pedazos fue reconstituyendo la vida de Salvador Lewkowicz. Por los datos que a cuentagotas le proporcionaba Rosana y por la búsqueda que comenzó Giménez. Primero en Internet donde encontró muchas más páginas de las que esperaba. No pudo evitar comparar la cantidad con las páginas en que salía su nombre. Giménez sólo aparecía en tres. Y las tres daban cuenta del mismo hecho. Hacía dos años había recibido un reconocimiento por ser el empleado del estudio que había vendido más seguros de vida. Las páginas en las que aparecía eran de la firma Mercantil Andina Seguros, compañía que había quebrado el año pasado.

Salvador Lewkowicz había terminado sus estudios superiores de física a los veintidós años con el mejor promedio de la promoción. Había sido becado para estudiar en el MIT en Boston donde se especializó en estudios sobre el azar. Vivió en Estados Unidos cinco años. Después viajó a Japón y a España donde conoció a Rosana en unas vacaciones.

El marido de Rosana no había sido un simple jugador adicto al juego. Las motivaciones de ese hombre que sólo conocía por los retazos que le sacaba a la mujer a golpes de insistencia y perseverancia descubrían una personalidad fascinante.

El marido de Rosana era su opuesto complementario. Giménez, el hombre que se habíadejado acunar toda la vida por los azares que le tocaban vivir, sin resistencias, se enfrentaba al fantasma de un batallador de la suerte.

El campo de investigación del marido eran las leyes de causalidad física pero poco a poco había comenzado a traducir sus estudios al comportamiento humano y su obsesión era el diseño de una compleja trama de interrelaciones de causas y consecuencias que dejarían en evidencia el primitivismo del pensamiento azaroso. El juego había entrado en su mundo como objeto de estudio.

Giménez comprendió que el suicidio era una manera de ganarle a la suerte. Su acto había sido absolutamente pensado y deliberado y tenía la contundencia de la voluntad humana que decide su propia muerte en lugar de dejar esta elección a entidades abstractas. El suicidio era la posibilidad de convertirse en causa y efecto de uno mismo.

Comenzó a pensar que no era la casualidad lo que lo atraía hacia Rosana sino la trama construida

por el marido y que todavía mantenía intactas sus potencialidades de acción.

Convenció a la mujer para que le permitiera acceder a los estudios que realizaba Salvador. Había quemado casi todo y sólo le entregó algunas carpetas llenas de fórmulas y gráficos que nada le decían. Algo no le cerraba. Efectivamente había perdido mucho dinero en el juego por lo que se podía deducir que no había logrado vencer en este campo a la suerte. ¿Por qué apurar el suicidio entonces?

Necesitaba saber más pero Rosana se mostraba molesta cada vez que él insistía en apropiarse de los detalles de la vida de su marido.

¿Por qué esa obsesión por los trabajos de Salvador? ¿No podés entender que necesito no volver una y otra vez a ese tiempo que prefiero olvidar?

Giménez bajaba la guardia por algunos días hasta que nuevamente volvía al ataque. La oportunidad se le presentó cuando Rosana le pidió que se quedara con los chicos por una noche, tenía que viajar a Laprida, su pueblo de la infancia. Una última tía que acababa de morir y algunas gestiones de herencia.

Pidió pizzas y vio una película con los chicos.

En el cuartito de las cosas inútiles, el que está detrás de la cocina y que en algún momento fue la habitación de servicio encontró una caja con libros y papeles. Fue sacando los libros de física, apuntes de cátedras, el borrador de un ensayo, algunas fotos de Salvador recibiendo diplomas y medallas y en el fondo un cuaderno negro de tapas duras.

Esa letra grande y aguda y esa primera fecha: lunes 4 de mayo. La escueta referencia golpea tu entendimiento con la contundencia de lo inefable: “se

establece contacto”. Pensás que un “probable” podría dejar algún espacio para no sentirte tan acabadamente descubierto, previsto en la voluntad de otra mente.

Pasás por alto otras fechas que hablan de hijos y asuntos familiares hasta llegar a ese otro día: 6 de agosto. Este mismo día que estás viviendo. Cerrás el cuaderno e intentás volver a tu vida para dejarte llevar por la fuerza sin nombre a la que atribuíste siempre la predestinación de los aconteceres de tu vida pero comprendés que se te ha deshecho en pedazos la creencia en la fortuna y que el poder que determina tus actos no proviene de una voluntad divina sino de una voluntad humana que te llega fatalmente en ese cuartito sucio y desde ese cuaderno de tapas duras.

Antes de seguir leyendo buscás otro cuaderno anterior. Otro de hace cinco años pero no encontrás nada.

La vida de Giménez continuó, en apariencia, sin cambios. Seguía cumpliendo su horario en el estudio y su relación con Rosana, a pesar de algunas crisis por los hijos, se afianzaba sin sobresaltos. Había casi logrado olvidar el cuaderno pero aunque se había hecho el propósito de quemarlo no pudo hacerlo y lo guardó en el fondo del placard con las fotos de su primer matrimonio. Entregado nuevamente al mero suceder de las cosas, Giménez sabía que esta vuelta era simplemente un artilugio vano con el objetivo de olvidar que su vida ya estaba contada por otra vida, que cualquier día volvería al cuaderno de tapas duras y que esta decisión sólo sería fruto de su voluntad en la apariencia que estaba empeñado en superponer a la absoluta contundencia que bullía en el fondo de su conciencia.

Pasaron más de tres meses hasta que ese domingo en que estaba solo en su departamento, Rosana había

decidido que tenía que dedicarle más tiempo a los hijos y aprovechar a conversar con ellos la posibilidad de que su madre rehiciera su vida, esto significaba que vivieran juntos, Giménez se encontró rescatando el cuaderno de tapas duras del escondite donde lo había dejado. Intentó convencerse de que su intención tenía que ver con la necesidad de deshacerse de las fotos de su primer matrimonio ya que Rosana se mudaría a su departamento teniendo en cuenta que ella alquilaba podrían mudarse los tres aquí y más adelante ahorrar para poder cambiarlo por otro más amplio. Trajo la caja en la que estaban las fotos y el cuaderno hasta la mesa del living y se concentró en reverlas una a una mientras las iba tirando al tacho de basura. Esta actividad no le produjo ninguna emoción pero sus dedos temblaban cada vez que tomaba una foto y éstos rozaban el cuaderno de tapas duras. Cuando terminó con las fotos, se quedó mirándolo. Se apartó de la mesa y fue al balcón a respirar el aire tibio de la tarde. Se quedó así inmóvil, agarrado a la baranda, hasta que se hizo completamente de noche.

Cuando volvió a entrar al living sabía que estaba perdido, que no podría dejar de abrir el cuaderno y que cumpliría hasta los últimos detalles lo que estaba escrito.

Intentás un último ademán para evitar el contacto con el cuaderno. Te habrás esforzado en el convencimiento de que todos los seres humanos estamos dotados de libre albedrío. Pensás que si lo abrés o no depende enteramente de tu voluntad. Que cualquier gesto que tu cuerpo realice se origina en tu cerebro y que es éste el que da las órdenes a los músculos y que sos el comandante de ese complejo entramado de terminaciones nerviosas que deciden en ese preciso momento acercar la mano temblorosa al

cuaderno, que se empeñan en la esperanza sin futuro de creer que lo que vas a encontrar no va a tener ninguna resonancia en la vida que estás construyendo con Rosana.

Abrís al azar y hasta sonreís ante el ademán porque sabes que no existe eso que llamamos azar.

Esta vez no hay fecha. “Tal vez he llegado demasiado lejos. Ahí estarás en este momento aunque 'este momento' no es el momento de mi encuentro con estas palabras. Todo este tiempo te habrás estado preguntando ¿Por qué yo? No puedo contestarte. La única conclusión a la que he llegado es a la que es simplemente inevitable. Cuando se deja al desnudo la trama que sostiene nuestros detalles y anécdotas, sólo nos queda entregarnos a lo inevitable. Puedo dar cuenta de tus actos pero no de tu aspecto. Tampoco sé dónde estaré cuando estés en posesión de estas notas. Hasta he llegado a pensar que existe un Dios bondadoso que nos ahorra la visión de lo que nuestra mente no puede comprender. Ya te habrás dado cuenta de la necesidad de mi acto último, al que también considero inevitable. Quiero guardarme esa pequeña oportunidad de elegir mi tiempo, burlarme de alguna manera de esta trama. Me obsesiona la idea de no poder prever mi muerte y que ésta me encuentre antes de que yo desentrañe las coordenadas de mi fin. Más adelante encontrarás las notas que te permitirán ganar el dinero que le hace falta a Rosana y a mis hijos para apaciguar mi fracaso económico y darles algo de tranquilidad ¿Te preguntarás por qué no lo hice yo? Y ¿Por qué esperar tanto tiempo? Cuando se cambian las coordenadas previstas en las leyes de interrelación, lo que sucederá con mi muerte, es necesario establecer un nuevo itinerario cuya proyección no puede ser inmediata. Te ahorro los detalles técnicos que te resultarán engorrosos.”

Giménez cerró el cuaderno luego de haber memorizado las notas que eran un intrincado diagrama con fechas, números, horarios y direcciones de casas de juego.

La primera fecha coincidía con el día que estaba viviendo, la hora 10.37 PM. Miró el reloj con un sobresalto en el pecho, eran las nueve y veinticinco. Revisó la billetera para contar la cantidad que tenía y salió a la calle a buscar un taxi. El chofer lo tranquilizó, eran unos veinte minutos. Instalado en el asiento trasero del auto observaba la gente que paseaba estirando ese domingo: familias, parejas, algunas personas solas, en una plaza varios jubilados que conversaban sentados en bancos. Su mirada se cruzó un instante con un adolescente que cruzaba la calle y tuvo ganas de bajarse y agarrarlo a patadas por el solo hecho de ostentar ese andar casi infantil, esa despreocupación natural, esa confianza en la vida que él sabía irremediablemente perdida.

La casa de juegos era uno de estos relucientes bingos frecuentados por señoras maduras, amas de casa aburridas cuya única pasión aflora en esas mesas con la ansiedad que genera la posibilidad de haber acertado el número que aparecerá en instantes en un cartel luminoso pulsado por un empleado correctamente vestido con un traje morado y moño negro.

Buscó la ruleta en el segundo piso y cuando se miró en uno de los espejos que cubrían las paredes para dar la sensación de amplitud se asombró de su aspecto cansado e instintivamente se acomodó el cuello de la camisa y se pasó las manos por el pelo. A las diez y treinta y cinco colocó las fichas que había cambiado en el número treinta y ocho y a pesar de que era todo con lo que contaba hasta el próximo mes rogó que saliera cualquier otro número para desentenderse de

este asunto y volver a la rutina cotidiana que ahora se le aparecía como un oasis de paz del que él no quería ser expulsado. La bola cayendo en el número treinta y ocho terminó con sus últimas defensas.

Durante una semana fue siguiendo el itinerario apuntado en la memoria de las notas extraídas del cuaderno de tapas negras. No apareció por el estudio aunque llamó para avisar que debía realizar un viaje urgente y dejó un mensaje en el contestador de Rosana. La primera noche se alojó en un pequeño hotelito porque no quería volver a su departamento. La segunda noche se mudó a un hotel de lujo en el centro y se compró trajes en las tiendas más caras. Un nuevo Giménez se gestaba y se iba exteriorizando en la elección de un reloj de oro, en los ademanes para llamar al maitre porque las ostras no estaban lo suficientemente frescas, en el aplomo con que pidió a su habitación el servicio de “acompañantes” ofrecido por el hotel. Este Giménez estaba casi acabado el sábado siguiente cuando se encontraba poniendo las fichas en el último número de la lista de notas del cuaderno de tapas duras y cuando las cambiaba por billetes en la ventanilla del casino. Antes de volver al hotel se detuvo a tomar un último trago en la terraza de un bar. La imagen de un retazo de pañuelo de tonos violetas y unos tacos gastados lo asaltó de sorpresa. Se vio a sí mismo en la oficina, sentado y archivando pólizas de seguros. El mozo se acercó para ver si el señor quería repetir. Pidió otra copa. No podía moverse de esa terraza ni de esa silla. Sabía que tenía que volver a Rosana y a esa vida que ya estaba dispuesta. Con lo que había ganado hasta podría dejar de trabajar y dedicarse a algo más creativo. Salir de vacaciones, comprarse un auto. Pero seguiría siendo Giménez. Ese futuro aunque mucho más complaciente sería una continuidad del Giménez vendedor de seguros, el que aparece sólo en

tres páginas de Internet por un único reconocimiento mínimo. Empezó a transpirar. Llamó al mozo y le pidió que dejara la botella. Necesitaba tiempo, eso era. No volver por unos días más. Las cosas se irían acomodando y el dejaría de tener esta sensación de vacío.

Llamó a Rosana para decirle que el viaje se había prolongado por culpa de un cliente que se demoraba en firmar las pólizas. La voz de Rosana le resultó casi desconocida y hasta le molestó, sin saber por qué, el tono cariñoso y los comentarios sobre la vida cotidiana. Los chicos te extrañan, y yo también. Ayer salimos a cenar y después fuimos al cine. Apurate así terminamos la mudanza. Hoy vi una mesita para el balcón, divina. Te imaginás en verano, cenar en el balcón... Giménez cortó y quedó con el teléfono en la mano hasta que sintió la tensión del puño apretado. Unos días más y volvería a ser él mismo. Le diría a Rosana que en ese pueblo la señal iba y venía.

Pasó otra semana. Fue al puerto y sacó un pasaje para Montevideo. Más lejos podría pensar mejor. Tres veces marcó el número de Rosana y cortó antes de que lo atendiera. Tenía más de cincuenta llamadas perdidas. El teléfono volvió a sonar. Hizo las valijas. Ahora ya eran tres. El buquebús salía a medianoche. Tomaría algo en la terminal. Dejó el bolso barato con el que había llegado a ese hotel hacía quince días. También la ropa que usaba en esa otra vida en la que ya casi no se reconocía quedó colgada en el armario. El teléfono en la mesita de luz. Cerró la puerta de la habitación. Ya llamaría desde Montevideo. Su teléfono no tenía cobertura en otro país. Compraría otro en Uruguay o en Brasil.

El Armonía

Escribir sobre uno mismo parece fácil en un primer momento. Siempre nos estamos contando. Conocemos a alguien y vamos estrechando la relación a medida que le vamos descubriendo al otro quiénes somos, dónde nacimos, cómo fue nuestra infancia, nuestros miedos, nuestros amores. Y el material que usamos es la palabra.

Así, no se deberían presentar mayores dificultades a la hora de discurrir sobre los acontecimientos de la propia vida y como decía Montaigne, al iniciar sus ensayos, el material sería tan vasto que una existencia no sería suficiente para contarse a sí misma.

Este no es mi caso. Mis recuerdos se resuelven en imágenes, y al intentar pasarlas a este otro código que es la palabra percibo que no logro traspasar la dimensión real de lo vivido y me cuesta resignar parte del espesor de la experiencia.

Pero como esto no tiene remedio y la única forma de entablar diálogos es narrándose, acá va este torpe, fragmentado, intermitente, intento de relato.

Mi mamá llegó a Esquel en el 53. Mi papá ya había venido, casi un año atrás, para trabajar con un tío que había emigrado “a hacerse la América” en la época

en que este cliché motivaba una nueva ola de españoles buscando un El Dorado más a medida de la cotidiana subsistencia. Aunque algún sueño más escandaloso de fortuna se debía también filtrar en el empuje hacia estas tierras.

Mis padres no migraron por asuntos económicos ni políticos sino que fueron empujados a dejar la tierra natal por prejuicios que decían que ese hombre que luego fue mi padre no era el correcto para mi madre, quien había sido educada en Barcelona en colegios de monjas para señoritas de clase que debían saber llevar una casa mientras confeccionaban su ajuar, esperando encontrar lo más pronto posible el candidato a marido que pudiera dar sentido a su existencia de mujeres y ocupar con dignidad y reserva ese lugar al que el franquismo había colocado a la mujer, despojándola de toda iniciativa, al servicio del marido en primer lugar y de la familia en general, comparando su estatus legal con el de los menores, situación que se prolongó hasta entrados los años setenta. En ese contexto, la rebelión femenina era casi impensable, pero mi madre decidió que sí se iba a casar, por lo que fue expulsada de su casa y desheredada. Vivió seis meses en casa de los tíos Isidro y Josefina, en Barcelona, hasta que mi padre pudo llegar a la Patagonia, empezar a trabajar y mandar a buscarla. En esa época la mujer no podía salir de España si no era pedida por un familiar directo o el marido.

Cuando los permisos estuvieron en regla, tomó un barco que luego de veinte días de travesía la depositaría en Buenos Aires. Cuenta los miedos que padeció durante el viaje. Miedo a llegar y no encontrar a nadie que la esperara, en un país tan ajeno. Por suerte tenía unas cartas para unas monjas que eran de la misma compañía del colegio donde había estudiado, y esta circunstancia le daba algún respiro a la angustia.

Llegó a Buenos Aires y mi padre estaba esperándola en el puerto.

Salieron para la Patagonia. En tren hasta Bariloche. Hay unas fotos de mis padres en el Centro Cívico, jóvenes y hermosos.

La llegada a Esquel fue devastadora, según cuenta mi madre. Calles de tierra, casa bajas y la sensación de estar en el fin del mundo. “Acá no me quedo más de una semana”, se dijo, mientras pensaba lo acertados que estaban allá en su pueblo de los Pirineos cuando en vez de mandarte a la mierda te mandaban a la Patagonia. Esa región representaba lo más lejano y desagradable que un catalán pirineico podía imaginar y ahí estaba mi madre corroborando el dicho popular. Este pueblo era lo más parecido a la mierda que podía imaginarse. El decir popular tiene su sabiduría.

Pasaron las semanas, los meses y los años: más de cincuenta. Pero no nos adelantemos.

Estamos en el Esquel de los cincuenta. Las calles de tierra, las casas bajas, el viento que levanta remolinos y puedo entender el contraste de este territorio con las ramblas de Barcelona, el Barrio Gótico, el puerto, el mercado donde el tío Isidro y la tía Josefina tenían un puesto. Los olores, los colores, los gritos de los vendedores que todavía se escuchan en el mercado de la Boquería y los de las mujeres que pelean el mejor precio y se quejan de lo caro que está todo.

Esquel era silencio y polvo.

El tío Jacinto, el que había venido en los años treinta, regentaba un hotel, creo que el más importante del momento: el Palace. Yo no había nacido pero las memorias de ese lugar, contadas por mi mamá, las siento de mi propiedad -si bien tengo la cordura para reconocer la deformidad necesaria de todo recuerdo,

y mucho más en este caso en el que el recuerdo es de segunda mano-. Disculpen la digresión pero sólo pretendo ampararme del juicio de historiadores que con muy buen criterio pudieran tildarme de contar hechos que jamás existieron o que sólo guardan una ligera concordancia con las fuentes consultadas en otros trabajos. Nada de lo aquí narrado tiene más fundamento que mis recuerdos, fragmentados, pasados por el colador de la selección involuntaria de mi capacidad de memoria.

Vuelvo al hilo y disculpas.

Parece que en aquellas épocas se habían instalado por estos pagos unos cuantos hijos de ilustres apellidos de nuestra pampa húmeda. La reclusión en la Patagonia, con la excusa de administrar propiedades, era una especie de destierro para los vástagos que no cumplían con las expectativas de clase por lo que podemos suponer personajes que buscaban sobre todas las cosas pasarla bien lejos de las miradas recriminatorias. ¿Algún paralelo con Isidoro Cañones?

La cosa era que se hospedaban en el hotel durante períodos dilatados, con la esperanza de resarcirse de tanta tierra seca, de tanta meseta de viento, de tanto gris sin contornos. Y ahí se ponía bueno. Hasta dos turnos de comedor hacían muchos días, más de ciento cincuenta personas por tanda. Y qué decir de la bebida necesaria para pelearle a la sequedad, agazapada tras las puertas, extendida kilómetros y más kilómetros en un horizonte sin resolución. Mi mamá vivió aquel esplendor. Yo no, por simples circunstancias de mi acontecer en este mundo. Hecho que ocurrió más adelante.

Mi espacio vital de la primera infancia fue el bar Armonía, anexo al cine Armonía y que formaban un solo edificio y una sola familia.

Y ahí sí las imágenes tienen el tacto de la experiencia.

Este bar era del tío Antonio, hermano de Jacinto. Tenía mujer e hijos que no se le animaban a este pueblo remoto así que mi papá se encargó del negocio.

El bar Armonía se comunicaba por una puerta vaivén con el hall del cine y en los intervalos se llenaba de familias que concurrían a tomar algo mientras esperaban la proyección de la segunda película. Un día a la semana el programa contemplaba tres películas y los domingos a la tarde la matiné para los chicos. Cuando las butacas estaban todas ocupadas nos traíamos sillas desde el bar. La diversión consistía también en un zapateo colectivo, en ese piso de maderas con cámara de aire, en los momentos en que el héroe necesitaba del aliento para concluir con éxito su misión.

Mi mamá iba casi todas las noches al cine, con la abuela Virginia, que si bien no compartía con nosotros ningún lazo sanguíneo, en esa familia del cine y bar Armonía cumplía con ese rol para todos los chicos que vivíamos ahí. Doña Virginia Méndez era la dueña del edificio y vivía en la planta alta con la Porota, una hija de crianza, y sus hijos: Diana, Ricardo, Alex y José María. Como decía, iban al cine por las noches, con la bolsa de agua caliente. La calefacción era un fenómeno poco generalizado. Cuenta mi madre que cuando veían una película española en la que, tal vez, una muy joven Carmen Sevilla o una flamenca Lola Flores desplegaban sus coplas, la abuela Virginia bailaba por el pasillo entre las butacas, incapaz de resistir en la sangre el ritmo de su país de nacimiento.

La custodia de las buenas costumbres estaba a cargo del acomodador quien, alerta, se quedaba detrás de los cortinados con la linterna en la mano. Dos cabezas que se acercaban mucho buscando el beso o la

caricia y en un instante la luz de la linterna alumbraba la cara de los culpables para que toda la platea pudiera reconocerlos.

La abuela Virginia era la verdadera autoridad, así que si el acomodador no actuaba de inmediato, ella se paraba en mitad de la proyección y con un chistido y en voz bien alta llamaba a su subalterno, por aquí, por aquí hay dos asquerosos, venga con la linterna.

Yo, por suerte, todavía era muy chica para estar interesada en estas prácticas así que me salvé del oprobio público de la abuela Virginia.

Los chicos íbamos casi todos los días al cine. Veíamos películas sin censura y pasábamos de los dramas, a las de gladiadores o las del Club del Clan con la más absoluta naturalidad. Me acuerdo de haber visto *La Mosca*, la historia de un científico que hace experimentos y termina convertido en insecto. Y cuando digo *La Mosca*, es la primera versión, no la remake de los años 80 con excelentes efectos especiales. Hasta los quince años no pude sacarme el pánico a las moscas. Cuando volví a ver esa primera versión, ya adulta, me conmovió la ingenuidad del recurso. En la transformación se ve la imagen de un hombrecito superpuesta a la de una mosca. Cómo pudo generar en mi cabeza de los cinco o seis años ese pánico.

El tío Manolo proyectaba las películas y creo que era hermano de la abuela Virginia. Nos regalaba los carbones agotados de las máquinas y vivía rodeado de cientos de gatos que impregnaban los espacios y el aire de olores profundos.

Se había comprado un auto Mercedes, un modelo caro y moderno para la época que nunca salió del patio y se transformó en refugio para las gallinas, gatos y todo ser vivo que habitaba por nuestros terrenos y por las noches, cuando había ya dejado sus máquinas

de proyección, en silencio, se lo escuchaba caminar asimilado a los hábitos nocturnos de los gatos.

La maravilla de esta casa, en la planta alta, era un cuarto en el que se guardaban los chocolates, caramelos, galletitas que vendía la Porota en el kiosco del cine. Supongo que mi visión debía estar influida por mi edad y mis intereses, pero les aseguro que eran montones y montones de bolsas de caramelos. Estanterías con cajas y cajas de todo lo imaginable. Como correspondía a la buena marcha del negocio, esta habitación estaba vedada al ingreso de los chicos y solo teníamos vislumbres esporádicos, lo que hacía todavía agrandar más en nuestro acecho la dimensión del reducto.

También había en esta casa de arriba, balcones, algo poco frecuente en la construcción de ese momento. En los corsos de carnaval, eran el lugar privilegiado para arrojar agua desde las alturas.

Los corsos se reducían a dar vueltas una y otra vez por la calle 25 de mayo, que era doble mano. La vuelta del perro llevada al absurdo.

Los primeros recuerdos son de la calle de tierra. Algunos años después fue la primera arteria asfaltada. Todavía veo en casa de mi madre una foto de mi padre y mi hermano y detrás, una de esas máquinas de rueda de acero gigante que servían para alisar el alquitrán. Nos pasábamos todo el día masticando alquitrán porque decían que ponía los dientes blancos. Todavía siento en la boca el pedazo negro y gomoso que se resistía a ablandarse.

Y al convocar la imagen del primer asfalto veo el perro de la abuela Virginia que baja corriendo las escaleras para escaparse a la calle como lo hacía siempre que podía eludir la vigilancia, pero esta vez el gigante rodillo que pasa una y otra vez por la calzada se

interpone en su huida y le pasa por encima. Terrible recuerdo que después fue convirtiéndose en anécdota risueña porque todos empezaron a suplantar la imagen real de un perro despedazado por la máquina por la de un perro transformado en alfombra como sucede en los dibujos animados y una abuela Virginia sosteniendo por la cola el perro alfombra.

Bajo por las escaleras, atravieso de nuevo el hall del cine, empujo la puerta vaivén y estoy en el bar. Mi papá atiende a los clientes, detrás de la barra prepara los pedidos. Una cafetera, labrada por algún artesano sin apuro, despacha vapores de agua y cafés para “los muchachos” del dominó. La gravedad se instala en los gestos concentrados de los feligreses, en su mayoría inmigrantes o hijos de inmigrantes de países europeos devastados por las miserias de la guerra y la posguerra. El dominó, en este ámbito, tal como continuó siéndolo en el otro bar que tuvimos, éste ya de propiedad de mis padres, “El Jabalí Rojo”, no es un mero pasatiempo de café. Es un círculo de iniciados al que no se ingresa con facilidad. Observo a los neófitos que tratan de desentrañar las jugadas de los maestros, parados a una cierta distancia de la mesa esperando día tras día que se produzca el vacío de la no conformación del cuarteto para escuchar de boca de los expertos la contraseña mágica, la clave que los introducirá, si su desempeño está acorde a las circunstancias de la partida, a tener un lugar cotidiano en el cenáculo de los guardianes del juego. Vení, pibe, sentate.

Abrir la caja de madera. Tirar las fichas sobre la mesa. Las dos manos entran en un primer contacto con la totalidad, mueven las fichas para que se mezclen. Cada jugador toma las suyas y el doble seis arranca. Preparar la jugada para el compañero. Silencio. Calcular cuáles son las que quedan. Silencio. Deducir

qué va a jugar mi contrincante. Silencio. Una a una las fichas van mostrando el diseño de este juego. Paso. ¿Quién tiene el doble cinco? Silencio. Un jugador coloca su última ficha. Explotan las recriminaciones entre los perdedores y se jactan los ganadores de sus estrategias. Se cuentan los puntos y se reparten los porotos. Vuelven a mostrar el lomo negro las fichas y se reanuda el ritual. Los que pierden pagan la ronda de cafés si es la hora de la siesta y los vermús si ya estamos entrada la tarde.

Por sobre las mesas de dominó se eleva un palco con una escalera estrecha. Según cuentan los habitués de más data, en los años 30, aparecían de tanto en tanto orquestas de señoritas y era desde esas alturas que ejecutaban sus interpretaciones musicales. Como las musas griegas inspiraban a los mortales pero desde la distancia prudente para la salvaguarda de los mitos.

Detrás del mostrador, en una vitrina espejada veo las botellas de barro de ginebra, sustituto de la bolsa de agua caliente y mucho más sano, la hesperidina, el fernet, los licores de colores, el whisky, el anís... Mi papá me llama y me muestra un vaso con agua, lo miro y corro a presenciar la alquimia que se produce cuando, con gestos de ilusionista, pone unas gotas de anís en el vaso y asisto, una vez más, al espectáculo de ver transmutarse el líquido transparente en un blanco intenso.

Me llevo el vaso y cruzo la parte de atrás donde están los billares, paso por la casa y salgo al patio. Rodeo el Mercedes del tío Manolo. Paso el gallinero para buscar un lugar donde no lleguen las voces, con el vaso en el hueco de las dos manos, muy cerca del pecho, rezo, sin saber muy bien lo que eso significa, con la fe perfecta de la infancia, para que mi mundo sea siempre así, como el agua con anís.

El espacio del paraíso se guarda en la memoria. Como dice Proust, el tiempo no está perdido sino que sólo huye de nosotros mismos. Bastan algunos estímulos y ahí está intacto, el pasado surge milagrosamente preservado y podemos recorrer distancias enormes de años. Pero la memoria no es continua sino que se constituye de intermitencias, de imágenes convocadas por un olor, una música, un sabor.

Los recuerdos se inscriben también en el cuerpo. Cuando estudiaba en Buenos Aires, en el Instituto Nacional del Profesorado Joaquín V. Gonzalez, la biblioteca estaba en lo que había sido un salón de actos y había mesas en el escenario de madera. Yo pasaba muchas horas estudiando en ese lugar y cuando pasaba el subte, se sentía un temblor. Las primeras veces sentí un vuelco en el corazón y un nudo en el estómago. Creo que a la tercera o cuarta vez me apareció la imagen de mi papá en medio de la noche levantándome de la cama y subiendo al auto mientras el pueblo ondulaba. Era el terremoto del 60. Yo había escuchado hablar muchas veces de este evento pero no tenía imágenes. Sabía que uno de los temblores nos había encontrado en la matiné del cine, que hubo casas que se cayeron, que se vivieron muchos días de angustias pero no me acordaba de nada. Bastó ese vibrar del subte, muchos años después, para desenterrar el recuerdo que había quedado escondido en mi cuerpo, en algún lugar entre el corazón y el estómago. Esquel se construyó sobre un pantano y es por eso que los movimientos no son cortantes sino que la tierra adquiere la inestabilidad del agua.

Incluso, para algunos, Esquel significa tembladeral debido a esa característica del suelo.

A partir de esa sensación en la biblioteca pude reconstituir un episodio de mi infancia que yo nunca había reconocido como vivencia.

Creo que mi infancia, como territorio mítico, terminó cuando fuimos echados del bar Armonía. Un día llegó la mujer del tío Antonio desde alguna ciudad de la provincia de Buenos Aires, muy pintada y con aires de gran señora y decidió que ahí se quedaba mientras que nosotros debíamos encontrar otro lugar para trabajar y vivir.

Hasta parece una alegoría barata haber sido expulsados de un bar con ese nombre. Pero es lo que me tocó y de este lugar hay pruebas objetivas de su existencia, fotos y testigos. Para los incrédulos puedo aportar toda la documentación. Si me es solicitada la haré llegar sin demoras. Como ya lo he dicho antes, este relato no tiene como objetivo ninguna reconstitución histórica por lo que no considero pertinente demorar la narración.

Mis padres ya habían vivido otros desarraigos pero para mí ese sería el punto de inflexión entre el antes y el después.

Uso la palabra expulsión por lo que ésta contiene de violencia, y la asimilo a la palabra exilio. Fue a partir de ese momento que comenzó un deambular que iba a durar muchos años, más de veinte.

Mi mundo había sido ese espacio físico y emocional donde no faltaba nada. La seguridad de una familia y la apertura mágica a través del cine. En ese andar en busca de lo perdido, entendí a mis padres en su situación de inmigrantes.

En mi primera infancia estuvo muy presente la nostalgia de mis padres por lo que habían dejado. Mucho tiempo después pude darme cuenta de cómo es el mecanismo del exiliado. Se empieza a borrar todo lo malo, todo lo que hizo que uno debiera dejar ese lugar y solo se agranda lo bueno hasta convertirse en

un paraíso al que uno quiere volver y lo que tiene de nefasto es que desarraiga del presente y no permite la construcción desde algún parámetro de realidad.

Todos los años nos llegaban encomiendas de mi tía Ramona, una de las hermanas de mi papá. Cubiertos de plata con las iniciales de mi hermano y mías. Una muñeca que hablaba, rubia, con un vestido de cuadritos azules y blancos, ojos claros, un tren eléctrico, turronec y fotos de todos.

Las fotos que habían traído mis padres y que todavía están por ahí en unos álbumes de cuero repujados con figuras bien gauchescas se los ve allá en España en excursiones en bicicleta, esquiendo, con trajes típicos, con disfraces, con amigos. Mucho tiempo después entendí que uno sólo saca fotos de los momentos felices. Pero en esos tiempos en que ya habíamos sido echados del Armonía y todavía no teníamos nada fijo, ni trabajo, ni casa, lo bueno y lo feliz había quedado allá, en España, en esa imagen subjetiva que van retocando cada día los inmigrantes. Yo también empecé a sentir que nada podía compararse con aquella tierra y aquella vida que nunca había vivido.

Por suerte, los primeros días de diciembre de 1972 nos embarcamos en el Julio César rumbo a la tierra prometida. Habían pasado casi veinte años desde que mis padres habían venido a este lejano sur. Veinte años amasando nostalgias, como diría mi mamá tiempo después, con la absurda esperanza de llegar al mismo lugar que habían dejado cuando se vinieron a la Argentina. En España también habían pasado casi veinte años y a pesar de tener las pruebas de este paso del tiempo en las cartas que llegaban con las noticias de la muerte de mi abuelo, el casamiento del hermano de mi mamá que ya no tenía quince años como

cuando ella lo dejó, el nacimiento de los hijos de las hermanas de mi papá, todos indicios de que el tiempo también avanzaba en España, a pesar de pruebas tan contundentes el inmigrante espera encontrar aquello que dejó como si el barco navegara en sentido inverso del tiempo y nos pudiera llevar al mismo instante en que dejamos nuestra tierra hace dos meses o veinte años.

Yo también, como hija de inmigrantes, tenía esa imagen de que allá estaba todo lo bueno. Ya que no podía volver a mi infancia, acuñaba esa nostalgia de segunda mano y añoraba ese pueblo de los Pirineos donde todo era mucho mejor que en esta seca Patagonia.

Quince días navegando, llegamos a Barcelona un frío día de invierno. Mi mamá me confesaría tiempo después que sintió mucho miedo de que no hubiera nadie para recibirnos. De golpe, yo que había sido criada en la reducida familia que formábamos con mis padres y mi hermano, me vi inmersa en una marea de parientes de un lado y del otro que por suerte ya habían hecho las paces y acá no ha pasado nada.

Empecé a reconocer los lugares y las personas de las que me habían hablado desde siempre.

La tía Carmen, viuda de un militar franquista al que habían matado en la Guerra Civil española y que seguiría ascendiendo en el escalafón después de muerto hasta llegar a general, era el centro de la familia de mi padre y era quien lo había criado ya que era una familia muy humilde y ella no tenía hijos. La tía Ramona, la que nos mandaba regalos para navidad, postales y el primer disco de Serrat, un simple en catalán.

Mi abuela materna Elvira, de la que llevo su nombre y que también tenía cicatrices de esa guerra que

conmovió a España y todavía sigue siendo parte viva de la sociedad española. Mi abuelo, que ya había muerto, había sido el último alcalde republicano. Durante la guerra pasó varios meses preso mientras mi abuela con mi madre y otra hija que también se llamaba Elvira y murió a los diecisiete años de tifus, enfermedad mortal en aquella época, se iban a vivir a la montaña.

Un paréntesis para esta tía que no conocí, aunque tengo de ella un cuaderno de poesías rescatado por mi mamá. Textos de gran hondura para una adolescente de quince, dieciséis años. Desgarradas confesiones entre el misticismo y la vida terrenal. Mi tía Elvira, a los dieciséis años, ya había terminado el bachillerato y sería una de las pocas mujeres que irían a la Universidad. Pero se enfermó de esta peste que todavía en el principio de los años cuarenta se llevaba a más de la mitad de los afectados. Parece que el tratamiento era un ayuno de más de cuarenta días. La penicilina aún no existía. Cuenta mi madre que cuando volvían a comer morían porque los intestinos todavía enfermos dejaban pasar parte de estos alimentos lo que generaba una infección generalizada.

Vuelvo a mi abuelo, preso durante la guerra y muy vigilado durante varios años después por el régimen franquista. Si bien le permitieron volver al pueblo, cada vez que se sabía que en las montañas había alguna escaramuza con los rebeldes republicanos que todavía guardaban alguna esperanza de tumbar al generalísimo y su entorno, lo hacían alejarse por lo menos cien kilómetros de la frontera.

No quiero perder el hilo del relato, así que retornemos al puerto de Barcelona y a esa masa de familiares que poco a poco yo iría descubriendo en su individualidad, si bien en ese momento, todos juntos, formaban desde mi visión una muchedumbre sin identidad definida.

Hay fotos tomadas desde el barco en las que se ve esta multitud que aguardaba a los argentinos, entre los que nos contábamos, para conocer en carne y hueso a los protagonistas de esa historia que todos conocían.

Parece que antes de que llegáramos, mientras los dos bandos esperaban nuestra llegada, la mujer del hermano de mi madre, una aragonesa con mucho sentido común, zanjó la disputa, habló con unos y otros y así, por lo menos en apariencia, fuimos todos juntos a comer a un restaurante que todavía existe y que se llama Las Siete Puertas.

Ese fue el único viaje que hizo mi papá porque murió dos años después.

Mi mamá me contaría tiempo después la desilusión de darse cuenta de que todo era mucho más apretado de lo que se imaginaba y nada tan bueno como esperaba. El país que ella había dejado veinte años atrás sólo existía en cuanto ella pudiera recordarlo, pero no tenía existencia física. Es el lugar al que sólo se puede volver con la memoria. Si uno es capaz de hacer este salto, de dejar de buscar fuera del propio cuerpo el paraíso perdido, se puede empezar a ver lo que tenemos a nuestro alcance ahora y en nuestro entorno inmediato. Creo que esta es una característica que nos distingue como país y como individuos. Siempre andamos pensando que en otro lugar sí que seríamos felices, sí que tendríamos todo lo que deseamos.

La nostalgia es un sentimiento que no lleva a la acción, no nos empuja hacia delante sino que nos chupa para atrás, nos encierra en nosotros mismos, pide sólo silencio y soledad.

Si bien yo no había vivido en España, podía reconocer muchos rasgos que eran parte de mi historia. El idioma era el idioma de mis padres y ellos

lo continuaban hablando en la lejana Patagonia. Las costumbres eran también las de ellos. La patria de mi infancia tenía un lugar físico que era Esquel donde yo había nacido y constaba en mi documento pero también esa infancia tenía una patria transmitida por mis padres y que a pesar de que estaba a más de diez mil kilómetros extendía en nuestra casa su cultura.

Comíamos caracoles y hongos que para esa época eran de una extrañeza meridiana. Los caracoles venían de la provincia de Buenos Aires porque en nuestra región no había paredones como los de la Europa campesina en los que los caracoles pueden esconderse y salir cuando llueve.

Sólo había en Esquel un amigo de mi papá que acudía a la cita culinaria y esperaba ese festín de chuparse los dedos, literalmente.

Así que en aquel primer viaje a Europa en que mi madre encontró todo muy apretado, yo reconocí acentos, olores y sabores que eran parte de mi vida.

Con los años pude darme cuenta de que estamos hechos de muchas patrias: personales, heredadas de nuestros padres o abuelos, acuñadas en el país donde nacimos y también me di cuenta de que no es necesario elegir una. Siempre me asustaron mucho los nacionalismos, ese querer constituirse en un ser homogéneo, esa búsqueda de un ser nacional proclamada por gobiernos que sólo nos dejaron un sabor amargo en la boca, en el corazón y en la memoria.

Sería bueno poder reconocernos en esta multiplicidad de patrias. Reconocerlas en nosotros mismos y en los otros. No intentar síntesis de identidades sino abarcarlas en la riqueza de la complejidad y seguramente, cuanto más nos contemos y escuchemos el relato de los otros, más puntos en

común encontremos y así podamos reconocer en el otro un igual, un semejante que tiene como yo una historia en la que no difiere lo esencial sino simplemente lo superficial: nombres de personas o geografías diversas, pero los mismos dolores o alegrías que son propios a todos los integrantes de la tribu humana.



